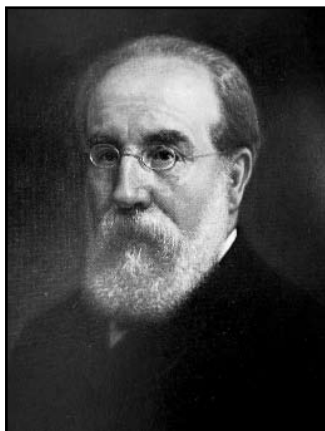


1850

Francisco PI Y MARGALL



(Barcelona, 1824-Madrid, 1901). Hijo de un obrero textil, comienza sus primeros estudios en el seminario, donde se inicia en el conocimiento de las humanidades y las lenguas clásicas, trasladándose después a Madrid para cursar estudios de Derecho en los que se doctora en 1847. Al mismo tiempo, para sobrevivir, comienza a realizar colaboraciones literarias con la prensa, escribiendo para la revista *El Renacimiento* y el diario *El Correo*, que cierra al poco tiempo, lo que le obliga a trabajar en una sucursal madrileña de la banca catalana Martí.

En 1848 se le encarga que continúe la obra iniciada por Pablo Piferrer *Recuerdos y bellezas de España*, de la cual finaliza el volumen dedicado a Cataluña; y durante los años 1849 y 1850 viaja en numerosas ocasiones por Andalucía para estudiar los monumentos y obras de arte de esta región, parte del estudio que también concluye.

Afiliado al Partido Demócrata desde su llegada a Madrid se fue orientando poco a poco hacia la política, sobre todo a partir de 1854, combatiendo a la Monarquía desde la revista *La Razón*, y, tras los sucesos del Cuartel de San Gil (1866), se exilia en París, donde permanece hasta 1869 en que vuelve a España al ser elegido diputado en las listas del Partido Republicano Federal por Barcelona. En 1870 es nombrado segundo Presidente de la Primera República Española.



La monumental obra *Recuerdos y bellezas de España* inició su publicación en 1839, concebida por Francisco Javier Parcerisa, pintor y litógrafo, como una serie de volúmenes de los monumentos, artes y antigüedades de España que complementarían la descripción de los viajeros. En la elaboración de los textos colaboraron los mejores literatos del momento. La obra estaba proyectada en once volúmenes, aunque el proyecto sufrió diversas carencias al morir sus creadores. En 1884 se reimprimió con el título *España, sus monumentos y artes, su naturaleza y su historia*.

La extensa descripción de Almería escrita por Pi y Margall la hemos recogido de la primera edición de 1850: *Recuerdos y Bellezas de España. Bajo la Real Protección de S.S. MM. la Reyna y el Rey. Obra destinada a dar a conocer sus monumentos y antigüedades en láminas dibujadas del natural y litografiadas por F.J. Parcerisa. Reino de Granada. Comprende las provincias de Jaén, Granada, Málaga y Almería* (Madrid, Imprenta de Repullés), páginas 344 a 350; aunque también se puede consultar, con ligeros cambios, en la edición de 1884: *Granada, Jaén, Málaga y Almería*, por Francisco Pi Margall; clichés de Laurent y Joarizti; fotograbados de Joarizti, Tomás y Gómez Polo; dibujos a pluma de Pascó; cromos de Xumetra. Barcelona, Establecimiento tipográfico-editorial de Daniel Cortezo y Cia. y en la facsímil de 1981 Granada, editorial Don Quijote, páginas 444 a 454.



Perfil de la ciudad de Almería vista desde el mar a finales del s. XIX.

ALMERÍA

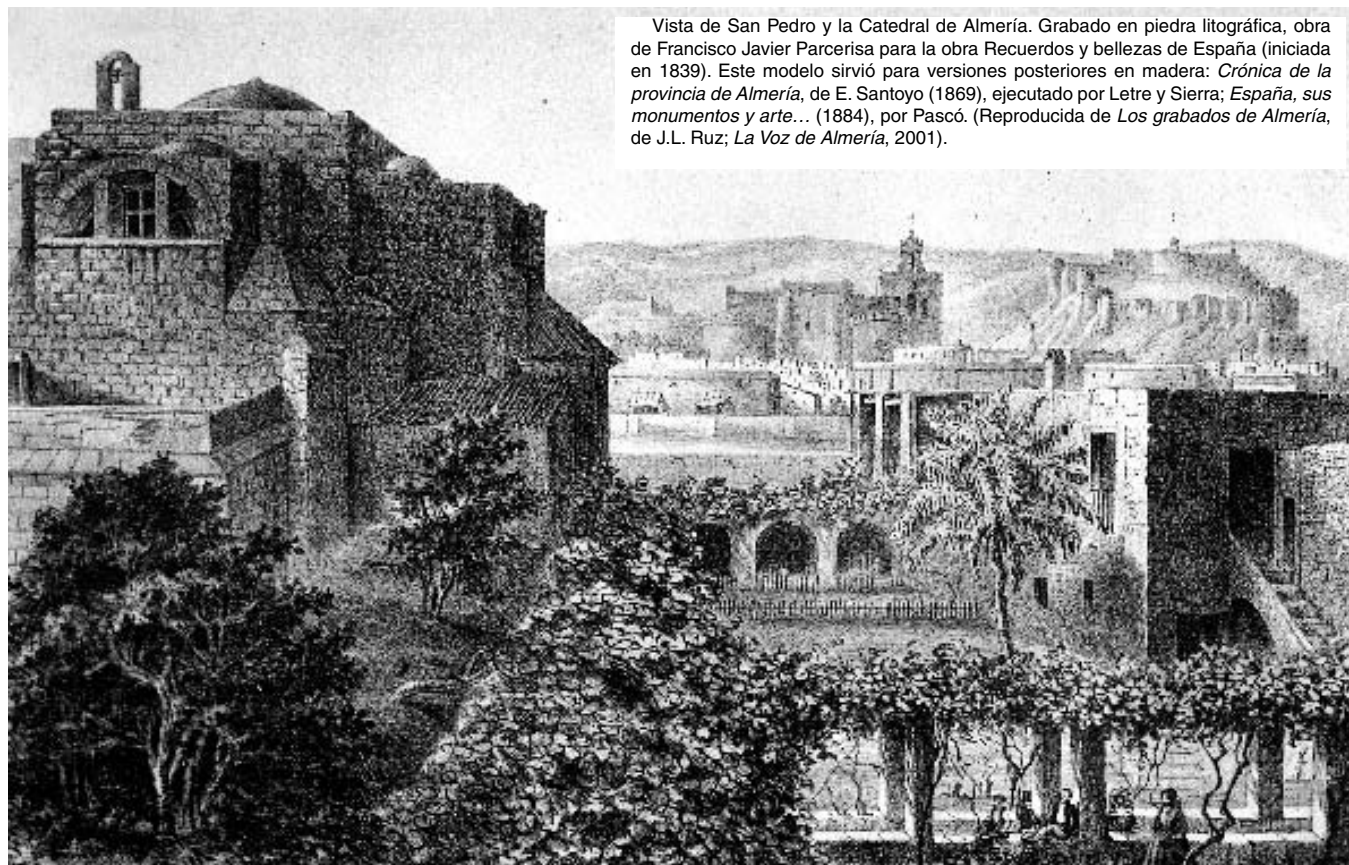
Rivalizó durante la Edad Media con Málaga la ciudad de Almería; no ya hoy, que yace triste y silenciosa en su desierta playa. Almería es un cadáver animado por el galvanismo: no presenta vida sino cuando la agita el extranjero tumulto de sus ferias y mercados. Sus calles están siempre solitarias; en sus paseos no se oye de ordinario más que el susurro de los árboles. La industria no levanta allí la voz sino al pie de las olas del mar, donde se funde y se trabaja el plomo; el comercio está en espantoso abatimiento, la agricultura perece por carecer de aguas que fecunden la espaciosa vega. El árbol que más abunda en la ciudad y sus alrededores es la oriental palmera, esa planta importada por los árabes que crece en los secos arenales del desierto.

Está asentada también Almería a la orilla del mar, en un valle que formaban poco ha dos cerros coronados por una alcazaba y un castillo. Ceñíanla poco ha también altos muros que bajaban de las contiguas fortalezas y se extendieron probablemente en otro tiempo hasta otra peña que reflejan las aguas del Mediterráneo; pero sin contener en su recinto más que las casas de la ciudad vieja, dividida del populoso barrio de las Huertas por los mismos muros y un paseo que llaman la Alameda. Descuellan sobre las bajas azoteas del casco de la ciudad los templos de Santo Domingo, San Pedro y Santiago; levanta sobre todos la frente una orgullosa catedral cuyas paredes cortadas por almenas y torreones recuerdan aún los monasterios feudales de los siglos medios; y el viajero cree distinguir aún en el conjunto la sombra de esas antiguas sociedades en que hasta la iglesia era belicosa y los pueblos tenían siempre sobre sí la espada de su señor y la cuchilla del verdugo. Todo presenta cierto carácter sombrío y melancólico en esa ciudad antigua; hasta las mismas vertientes de sus cerros cubiertas de espinosos nopales. Extiéndese por ellas el barrio de San Cristóbal, y están

todas sus viviendas tan aisladas que, en él más que en ningún otro punto, se siente pesar sobre ese pueblo lo pasado. Presenta aún la ciudad en su parte material el risueño aspecto de casi todas nuestras poblaciones marítimas, limpias, de aseadas calles, de risueñas casas, de plazas circuidas de pórticos y animadas por vistosos jardines; pero no suple con esto la vida y la animación de Málaga, de la que se distingue hasta en el habla y el traje de sus moradores, vestidos de anchos zaragüelles y chalecos de seda labrados, como los que se usa en los reinos de Murcia y de Valencia.

ALCAZABA

Tiene en cambio Almería interesantes monumentos. Está aún en pié su catedral, quedan aún restos de sus orgullosas y formidables fortalezas, que corrían del mar al monte, del monte al valle, del valle a la cumbre de otro cerro y del cerro a la ciudad, que oprimían con una larga cadena de torreones. Ocupó su Alcazaba la cúspide de un monte sembrado de ruinas y cubierto de nopales en cuya falda había torres medio caídas que abrían paso a dos extensas plazas, rodeadas de altos y estrechos muros con almenas. No conservaba la primera de estas plazas, cuando la vi, sino unas bóvedas de ladrillo que cubrieron al parecer la galería de un aljibe y una cisterna profunda cuyos prolongados ecos despertaba la piedra que por acaso hacía rodar en su fondo la planta del viajero; pero excitaba todavía vivo interés la segunda, sobre que descollaba majestuosamente el torreón del homenaje, circuido de sólidas murallas, defendido por espantosos abismos y embellecido por dos fachadas góticas entre cuyas severas ojivas campeaba el escudo de armas de Isabel y Fernando. Conservaba este torreón sus bajos y oscuros salones, sus pasadizos cortados por cuatro grandes miradores, sus altísimos adarves, recuerdos de un puente levadizo, una puerta de comunicación con el andén de la muralla que dividía los dos reductos de la fortaleza; y se presentaba por



Vista de San Pedro y la Catedral de Almería. Grabado en piedra litográfica, obra de Francisco Javier Parcerisa para la obra *Recuerdos y bellezas de España* (iniciada en 1839). Este modelo sirvió para versiones posteriores en madera: *Crónica de la provincia de Almería*, de E. Santoyo (1869), ejecutado por Letre y Sierra; *España, sus monumentos y arte...* (1884), por Pascó. (Reproducida de *Los grabados de Almería*, de J.L. Ruz; *La Voz de Almería*, 2001).

todas partes tan imponente, tan soberbio, que él solo, a pesar de no llevar origen más que del siglo XV, parecía compensar la historia de tantos siglos como pasaron sobre el monumento. Alzábanse a su lado otros dos torreones, uno de ellos cerrado por una cúpula a cuyo vértice conducía una serie de escalones que bajaban desde él hasta el vecino adarve, coronado el otro de una estrecha barbacana cuyas trilobuladas ojivas descansaban en repisas góticas de bellísimas molduras; pero quedaban todos pequeños y mezquinos ante ese coloso que elevaba su frente sobre la fortificación y parecía abarcar con su mirada los más lejanos horizontes. No llamaba después de él la atención sino el vasto lienzo de muralla que desde esta alcazaba descendía al llano y trepaba de roca en roca por la rápida vertiente del cerro en que está el pasillo de San Cristóbal. Tenía este muro un declive aterrador, templado por unas angostas escaleras abiertas al través de torres ruinosas que iba agrietando y arruinando la mano de los siglos; y se estremecía involuntariamente el que lo recorría al considerar que por aquellas radas que recorría uno con pié mal seguro y receloso habían pasado en otras épocas, rodando entre cadáveres guerreros, vestidos de pesadas armaduras, amenazados aquí por

hondos precipicios y allí por las armas enemigas. Era difícil hacerse cargo de tan extensa fortificación; sus cubos y sus torres iban siguiendo la pendiente de sus dos cerros, y asombraba la altura de los que partían del fondo de la quebrada. El castillo de San Cristóbal apenas era más que la continuación de ese muro; se unía con él, bajaba con él por la vertiente opuesta y corría a enlazarse con los de la ciudad, presa entre las dos fortalezas como entre las garras de dos leones.

LA CATEDRAL

La catedral es también un castillo. Cuatro torres de grandiosos sillares defienden sus ángulos, y hasta el ábside presenta la forma de un torreón polígono. Almenas y troneras protegen lo alto de sus muros; y aunque no asoman ya en ellas ni espingardas ni cañones, es fama que los hubo en los tiempos en que las armadas turcas amenazaban sin cesar las costas del Mediterráneo. En 1517, cuando no estaba aún reconstruida la obra que hoy existe, gastó ya el cabildo veinte mil maravedíes en armas; distribuyólas al año siguiente entre los beneficiados de la iglesia; hizo años después, edificado ya el templo, nuevo acopio de pólvora y fu-

siles; compró posteriormente tiros pedreros, más allá arcabuces y mosquetes; ¿cómo no había de tomar la catedral ese aspecto militar que la caracteriza? cuando se organizaba el cabildo militarmente ¿podía dejar de tomar la iglesia las formas de un baluarte? Cayó la antigua catedral a impulsos de un terremoto el día 22 de Setiembre de 1522; y es probable que, si no en aquel año, a principios del siguiente se empezaría su reconstrucción, para la cual se había recurrido a la munificencia de los Reyes y se había obligado al cabildo a ceder durante cuatro años lo que le tocase por derecho de acrecer al ausentarse un prebendado. Siguióse trabajando en la obra hasta fines de aquel siglo, en que es sabido que no cesaron sino muy tarde las amenazas de invasiones turcas¹³⁹.

La fachada mayor de esta catedral tiene en sus ángulos dos grandes estribos o pilares que llevan en sus bases dos ángeles de alto relieve, en sus capiteles dos bellos mascarones y en los remates dos jarros entre los cuales corre un antepecho embellecido por entrelazos árabes. Es de orden corintio. Cuatro columnas estriadas, sostenidas por dos pedestales en cuyo liso figuran dos ángeles al pie de una palmera, llevan sobre sus ábacos un hermoso entablamento entre cuyos adornos se distinguen por su delicadeza y frescura las hojas que decoran todo el friso. Están adosadas las columnas a pilastras, y llevan entre ellas dos nichos vacíos, cuyos adornos consisten en la cabeza de un querubín entallada al pié y un busto al parecer romano que se eleva sobre una graciosa concha. Cobija el entablamento la puerta que da paso al interior del templo, puerta cuadrangular rica en molduras sobre la cual corre un frontón que desvirtúa algo el efecto del conjunto.

Carga sobre este primer cuerpo de la fachada otro segundo, bello también y de gallardas proporciones, en que el artista desplegó la misma elegancia y rique-

za, deseoso tal vez de evitar el ingrato contraste que presentan las fachadas de su época, tan embellecidas en los cuerpos inferiores como desnudas y frías en los superiores. Decoró el autor este segundo cuerpo con un grande escudo imperial en el centro, dos guirnaldas en los lados de las que se destacan las figuras de San Pedro y San Pablo, y un nicho en que se ve la Virgen debajo del entablamento. Conocía y sentía el autor de esta fachada, lindísima a pesar de sus defectos; está bien proporcionada, tiene buen ornato y es, en general, bella y de buen efecto.

El interior de la catedral pertenece al estilo gótico de la decadencia. Divídenlo en tres naves diez y seis haces de columnas sobre cuyos capiteles, casi corintios, cargan los numerosos nervios de las ojivas en que descansan las bóvedas. Tiene en medio el coro, en la extremidad el presbiterio, en la nave lateral derecha y el ábside capillas profundas cuyas cimbras concéntricas están sostenidas por ligeras columnas coronadas de follaje. Campea entre las capillas de la nave una sencilla fachada donde el arco semicircular en degradación despliega sus bellas curvas entre dos agujas de crestería; y entre las del ábside una muy espaciosa y clara, en medio de la cual yace en rico sepulcro de mármol fray Diego de Villalán, prelado que no perdonó sacrificio por levantar el templo en que se guarda con sagrado respeto sus cenizas. No es mucha la belleza que este interior respira; mas aun sus mismos defectos, hijos como son de una época que apenas comprendía ya el estilo con que se proponía desarrollar sus pensamientos, llaman la atención del artista. Son complicadísimas las claves de las bóvedas, están bastardeados los capiteles de las columnas, producen pésimo efecto las capillas laterales, ya por no guardar armonía con el resto del templo, ya por no ocupar sino una de las naves; pero no por esto mira uno con repugnancia ni indiferencia esos detalles, entre los cuales es principal-

¹³⁹ He aquí los documentos en que apoyo estos hechos. *Archivo Capitular de Almería*, libros de actas, sesión del 25 de marzo de 1518: “En la cibdad de Almería, dentro de la iglesia catedral della en veinte i cinco días del mes de Marzo de M.D.X.VIII este día los reverendos señores deán é cabildo de la dicha iglesia, conviene á saber, etc., todos estando juntos en su cabildo é ayuntamiento dijeron: que por quanto por mandado de su señoría el año pasado de quinientos diez y siete se compraron veinte mil maravedís de armas para que estoviesen en esta iglesia catedral así para la defensión della y de sus inmunidades como para la nueva que se insurgió de los turcos é de su armada que tenían hecha para venir en estas partes, é así por estas razones las dichas armas se compraron y están en la librería de esta iglesia, é que agora porque las dichas armas no se tratan é se devrian é se podrían perder é dañar, por tanto que acordaban y acordaron que las dichas armas se repartan entre los beneficiados de la dicha iglesia”, etc... Sesión del 24 de Octubre de 1522: “Que por quanto esta cibdad é iglesia plugo á Nuestro Sr. de la asolar de un gran terremoto que le vino á 22 del mes de Septiembre pasado de este año de mil quinientos é veinte é dos años que para remediar la iglesia della y reedificarla de nuevo hay necesidad que vaya una persona del cabildo á la corte para procurar con su magestad que la mande reedificar porque sus rentas no son bastantes para ello, y para que si su magestad no curava de la reedificar, con su licencia y consentimiento viendo la destrucción de muros desta cibdad que nos podamos trasladar á otra cibdad ó villa ó lugar de este obispado donde á su magestad pareciere”. Sesión del 1º de Octubre de 1526: por ella consta la cesión hecha en 1522 por el cabildo. Sesión del 12 de mayo de 1580: “Que se diga al racionero Paredes, mayordomo que fué de la fábrica, dé cuenta de las armas y pólvora que estaban en la iglesia y que las vean los SS. Diputados. Sesión del 29 de Octubre de 1636: Que se compren cincuenta arcabuces y veinte mosquetes, y que se pidan cuatro tiros pedreros que esta iglesia necesita para su defensa y se traigan y siempre estén en dicha iglesia”.

Vista de Almería, con Santiago, San Sebastián y la torre de perdigones de la calle Murcia; atribuida a Letre y Sierra para la *Crónica de la provincia de Almería*, de E. Santoyo (1869).



mente digna de atención la sillería del coro, trabajada con delicadeza y gusto desde el año 1558 al 60 por el tallista Juan de Orea¹⁴⁰.

OTROS TEMPLOS

Por malo que parezca este templo al que lo vea sin observar que vienen a estar simbolizados en él los diversos principios arquitectónicos que al empezar el siglo XVI entraron en lucha, no dejará de ser mirado por él con cierto amor si lo visita después de haber recorrido los de Santo Domingo y Santiago y aun el de San Pedro, que no refleja su antigüedad sino en sus ennegrecidos paredones. Las iglesias de Almería son hijas más bien de la necesidad que del arte. Sólidas, pero frías y desnudas de todo adorno, sólo imponen por su sencillez; ni enardecen la imaginación del pintor, ni llenan de entusiasmo el corazón del poeta. Almería es, propiamente hablando, una ciudad en que murió el arte con los árabes. El viajero que desee buscar en ella algo que le halague, en lugar de introducirse en sus templos, sus plazas y sus calles, debe buscar las perspectivas que presenta, examinarla en conjunto desde sus mejores puntos de vista y verla desde el andén de sus viejos muros que a cada paso desarrollarán ante sus ojos panoramas llenos de vida y de hermosura.

ABANDONO DE LA CIUDAD

Morían los últimos rayos del sol en Occidente, cuando recorriendo esas murallas ante las cuales combatieron tantos héroes de Aragón y de Castilla, tendía las miradas sobre la campiña y creí percibir aún a lo lejos alguno de los ejércitos que vinieron a sentar en ella sus vastos campamentos. Volví los ojos a la ciudad: un cenador cuyo techo de hojas y flores descansaba sobre rústicos pilares se extendía deliciosamente bajo mis plantas; un patio al que daba sombra una palmera corría más allá del estanque hasta el pie de una baja galería cubierta de verdura; levantábase a mi izquierda la severa mole de San Pedro, cuyos altos techos apenas dejan entrever su cúpula, a mi derecha la Alcazaba con sus desmoronados torreones y plazas solitarias; en el centro, la catedral, cuya torre cuadrada parecía haber recogido los últimos reflejos de la luz del día, en el fondo elevados cerros, cuyas azuladas vertientes estaban medio envueltas en las primeras sombras de la noche. Bañóme el alma dulce melancolía, y no pude dejar sin dolor una ciudad que, en su abatimiento, presenta aún cuadros poéticos y respira cierto aire oriental que permite recordar el tiempo en que fue autónoma y buscaron asilo a la sombra de su trono los poetas y los sabios que acababan de abandonar los ensangrentados muros de la ciudad de Córdoba.

¹⁴⁰ Sobre esta sillería del coro hemos hallado en los mismos libros capitulares los siguientes documentos: Sesión del 26 de marzo de 1558 “*Este dicho día se dio otro libramiento para que el Sr. Canónigo Zamora pague á Juan de Orea seis ducados, los quales son por la jornada que hizo en ir á comprar el nogal para las sillas del coro de esta iglesia.* Sesión del 17 de junio de 1558 *Este día se dio un libramiento del obispo y cabildo para que el Sr. Canónigo Zamora, mayordomo de la fábrica desta iglesia, pague quarenta ducados á Juan de Orea para principio de paga de las sillas que empiece á hacer para el coro desta iglesia con dos sillas para muestra.* Sesión del 26 de abril de 1560 *Librese á Juan de Orea el tercio postrero de la obligación de las sillas, y mas doscientos quince ducados por la silla episcopal y demasías”.*

1851

John A. DIX



Perfil abrupto del litoral del Cabo de Gata. (Diapositiva del IEA).

(Boscawen, 1789-New York, 1879). Político y militar que con tan sólo catorce años de edad asistió a la batalla de French Mills. Su carrera militar fue brillante, pero a los treinta años decide abandonar el ejército para dedicarse a la abogacía. A partir de 1845 comienza su carrera política al ser elegido senador, y, en 1861, es nombrado Secretario del Tesoro. El estallido de la guerra civil le obliga a retomar las armas y obtiene el mando del estado de Maryland; pasando con igual cargo, en 1862, al estado de Virginia Oriental, y en 1863, siendo comandante del distrito del Este, reprimió con firmeza los disturbios que se originaron en Nueva York con motivo del alistamiento militar. A la finalización del conflicto armado, vuelve a abandonar el ejército y es nombrado ministro plenipotenciario de su país en Francia y gobernador del estado de New York.

No sólo se dedicó a las armas y a la política, sino que también fue hombre de letras y escribió una serie de obras: *On the resources of the City of New York* (N. York, 1827), *Decisions of the superintendent of Common Schools* (N. York, 1837), *A winter in Madeira* (1851), *A summer in Spain and Florence* (N. York, 1855), etc. En su libro *A winter in Madeira and a summer in Spain and Florence*, dedica parte del capítulo XVII a Almería. De las páginas 300 a 304 de la segunda edición de esta obra, editada en New York por William Holdredge, en 1851, hemos copiado el siguiente texto.

LA COSTA ESTE DE ESPAÑA: CARTAGENA-ALMERÍA

A pesar de que el itinerario de los barcos españoles entre Cádiz y Marsella nos permite ver todas las principales ciudades intermedias, el tiempo en cada una es tan escaso que sólo nos permite una vista rápida. En Barcelona paran dos días, pero en las otras ciudades el tiempo que están es de doce o catorce horas. Antes de anochecer estábamos otra vez en ruta, yendo a lo largo de la costa, a la luz de la luna, sin una brizna de aire y navegando lentamente como si estuviéramos en un río. Esto fue así hasta medianoche en que comenzó una fuerte brisa y continuó en aumento hasta que se hizo la luz.

A continuación entramos en el puerto de Almería, en una abierta bahía –si se le puede llamar así– y anclamos allí. Pero el viento soplaba con tanta violencia que era extremadamente difícil atracar. Aquí estuvimos todo el día, aunque no era una situación cómoda, porque el barco era muy largo y estábamos un poco incómodos con el movimiento.

La ciudad de Almería, vista desde el mar, no tiene nada particularmente atractivo. Es un lugar pequeño, con muralla, con una fortificación en lo alto, flanqueada por los torreones de un ruinoso castillo por un lado y, por el otro, una sucesión de columnas y arcos rotos que parecen las ruinas de un antiguo acueducto. A la derecha de la ciudad, un largo istmo de tierra con árboles esparcidos y con otras muestras de fertilidad y cultivos. En el suroeste todo es rudeza y esterilidad. La costa sube en escalonadas rocas, sin trazas de vegetación, y aquí y allá algún solitario castillo o torre, a los que se llega por una carretera bordeada por muretes, para prevenir que los burros cargados y los carros que pasan por allí se precipiten aguas abajo.

Nada puede ser más árido y abrupto que la costa Este de España, hasta que se llega a Barcelona, con excepción de la bahía de Valencia y unos pequeños trozos de hierba en otros lugares. Tan lejos como alcanza la vista, hay una sucesión continua de montañas rocosas, casi sin variación y sin árboles. Sobre esta costa abrupta, pobre como parece, hay una constante serie de fortalezas. Cada 8 o 10 millas, una torre, erecta so-



Torre vigía del Perulico en el solitario y abrupto litoral levantino.

bre el agua, mira hacia abajo, sin nada que defender en lo que alcanza tu vista. A veces estas singulares y pintorescas defensas toman la forma de enormes castillos, contruidos sobre tales alturas que parecen inaccesibles a los amigos y a los enemigos. En el tiempo de los cartagineses, de los romanos y de los moros quizá los usaban, pero el progreso de la civilización los ha dejado sin valor y sin uso. Solo sirven para dar un aspecto romántico a una costa, que sin ellos no tendría ningún interés. No siempre navegábamos tan cerca de la costa como para distinguir las características geológicas de la misma, tan extensa y tan rocosa.

Málaga parece que es la parte más antigua. El efecto de los rayos del sol sobre estas enormes masas se reflejaba en rayos de luz plateada, y parecía obvio que se trataba de esquistos de micacita. Sin embargo, cerca de Alicante, las piedras del Portland y las formaciones del Terciario son las que prevalecen.

Entre Almería y Cartagena, a unas pocas millas del mar, abundan las minas de oro y plata, que estuvieron muy explotadas en la época de los cartagineses y los romanos, pero que posteriormente fueron abandonadas. Últimamente se ha vuelto a despertar el interés por ellas y en los años 1835 y 1836 se han hecho muchas especulaciones en los Estados Unidos. Se han invertido grandes cantidades de dinero, se han creado compañías para comprarlas y trabajar en ellas; las acciones se han vendido a precios exagerados y, lo que parece más sorprendente, se han vuelto a abrir y a trabajar con éxito, aunque no con tanto rendimiento como para conseguir todo el dinero que se había invertido. A bordo de nuestro barco teníamos un singular ejemplo del cambio de fortuna por estas especulaciones, en la persona de un caballero que había vivido durante años en extrema indigencia, careciendo de las comodidades normales

de la vida, y ahora era el propietario de una de estas aparentemente pobres montañas. Una antigua mina fue descubierta en ella y la compraron el año anterior una compañía formada por ricos individuos, que la reabrieron y trabajaron en ella. El agente de la compañía, un inteligente y caballeroso español, estaba a bordo y me aseguró que había pagado al comprador 3.000 dólares unos días antes, el equivalente a un cuarto del interés anual del precio de compra.

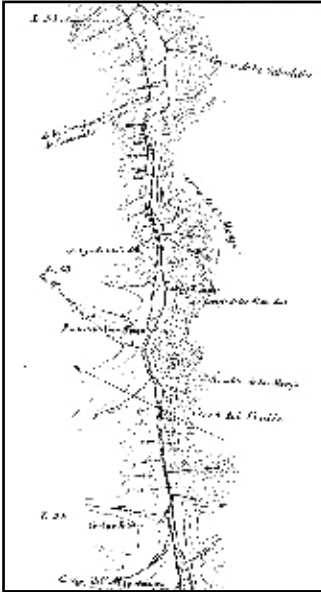
Toda esta zona es indiscutiblemente rica en tesoros minerales, particularmente en oro, plata y plomo, y éstos pueden tal vez, en un día no muy lejano, ser destinados a compensar el disminuido suministro de los metales preciosos de América del Sur. Pero esto no puede suceder de ninguna manera hasta que España adopte una política más liberal en la aplicación del capital y el trabajo, que asegure a la industria el legítimo beneficio.

Por fortuna, el viento sopló ligeramente antes de la noche y dejamos Almería a la puesta del sol con una ligera brisa, que desapareció poco a poco antes de la medianoche quedándose el mar otra vez en calma. Nada es tan bonito como estas excursiones a lo largo de las costas de España, cuando hace buen tiempo. Es interesante viajar por la noche y por el día entrar en algún antiguo pueblo, lleno de interés, y explorarlo mientras la máquina de vapor está preparándose para continuar el viaje. Si la luna está fuera, las noches son encantadoras, cuando se viaja cerca de la costa, con las luces y las sombras moldeando los riscos y las montañas, que los transforma en miles de formas fantásticas, que recuerdan épocas pasadas y que traen visiones románticas y caballerescas. La única vuelta a la realidad que nos casa de esta maravilla es la humedad de la noche. El rocío cae tan rápido, particularmente en el golfo de Lyon, que en el curso de unas pocas horas aparecen charcos de agua en cubierta. Tan bello como es el clima, es en exceso perjudicial para los marineros. Un oficial británico nos aseguraba que eran enviados más enfermos a sus casas desde el Mediterráneo con afecciones pulmonares, que desde otro lugar del servicio naval extranjero de Gran Bretaña. Y esto, tal vez, era debido tanto a las humedades de la noche como a los frecuentes y rápidos cambios de temperatura en cubierta, que va desde las nieves alpinas, por un lado, a las ardientes arenas, por otro.

La mañana siguiente, después de dejar Almería, entramos en el pequeño puerto de Águilas.

1851

George Alexander HOSKINS



Trayecto entre Chirivel y Vélez Rubio, junto a la rambla de Chirivel, según el *Itinerario de Sancha-Rozas* (Granada, 1860). Abajo, vista general del pueblo de Vélez Rubio.

(?-1864). Este caballero inglés vino a España en viaje turístico junto a su criado en 1850. Se dedicó simplemente a contemplar, sin prisas, todo aquello que le llamó la atención, e incluso en ocasiones lo plasmó en dibujos y pinturas. A su vuelta a Londres publicó, en 1851, el libro *Spain as it is*, una obra de gran interés por sus magníficas descripciones de monumentos y obras de arte, ya que él era un gran erudito y aficionado a la pintura. Hizo varias alusiones a las obras de Richard Ford, repitiendo una serie de tópicos; pero, a pesar de ello, gracias a su exposición sencilla y clara de las perspectivas artísticas y paisajísticas que encontró a su camino, parece que su obra goza de éxito, de hecho se imprimió una segunda edición en París en 1852.

Procedente de Levante, recorrió el Camino Real hasta Granada. Desde Lorca continuó ruta hasta Granada en una galera (la tuvieron para ellos solos), se alojaron en la posada de San Vicente, donde tuvieron camas bastante limpias, pero la comida fue tan mala que casi no se atrevían a tocar nada de lo que les ofrecían. Hoskins dice que, debido a la extrema pobreza de la zona a causa de la pertinaz sequía, las calles se encontraban llenas de mendigos y que los viajeros con equipaje y con cierto aspecto de ser ricos, en estas rutas tan poco visitadas, eran una novedad y ciertamente una fuerte tentación. Se sorprende de las pocas casas y la escasa vegetación que vieron desde el camino de Puerto Lumbreras a Vélez Rubio. Del relato *Spain as it is (España, tal como es)* editado en Londres por Colburn and Co. en 1851, hemos seleccionado la traducción de María Antonia López Burgos para *Revista Velezana*, nº 20 (2001); p. 85-88.

VELÉZ RUBIO

Aquí (carretera de Puerto Lumbreras) le dijimos adiós a Murcia, y entramos en el famoso Reino de Granada, sin lugar a dudas el más interesante de todos los de España por sus bellos paisajes y sus espléndidos restos arquitectónicos; pero es necesario interesarse por la Guerra de Granada y los galantes moros para apreciar en su totalidad esta parte de nues-

tro viaje, donde ciudad tras ciudad nos hacen recordar sus gloriosas hazañas y sus tristes infortunios.

Cuando nos íbamos aproximando a Vélez el Rubio, el lecho del río se fue haciendo cada vez más estrecho y, una hora antes de llegar, nuestro camino iba a través de una angosta garganta, tan estrecha que casi no había espacio para que pasara el carruaje, horriblemente lleno de baches, e incluso, a veces, bastante peligroso.





Mendigos a la puerta de una iglesia. Aunque el dibujo de Zamaçois lo localiza en Vélez Rubio, sospechamos que se trata de un error, ¿quizás Vélez Málaga?



Aspecto actual de una antigua posada de Chirivel que sirvió de alojamiento de animales y personas.

La primera vista de Vélez es bonita, con su iglesia que tiene una cúpula y dos torres, y las pintorescas montañas que rodean la llanura. Se trata de una vieja ciudad árabe; pero, después de la toma de Málaga, aterrorizados con los horrores de ese asedio, los habitantes le abrieron sus puertas a Fernando, que les trató mejor de lo que lo hizo Sebastiani en 1810, aunque entonces no se llevó a cabo ninguna defensa. El propio pueblo no es grande (sólo doce mil habitantes), y no parece que tenga nada digno de mención.

Salimos a dibujar, lo que casi no pudimos llevar a cabo, debido a la gran multitud que se arremolinó a nuestro alrededor. Mrs. H. se sintió bastante acosada; se colocaron delante de ella de modo que le impidían poder dibujar, así que se vio obligada a dejarlo, y se me acercó con una veintena de niños, niñas y campesinos adultos pegados a sus talones. En este lugar no se había visto un sombrero durante siglos, y lo de dibujar era aparentemente como un gran misterio para ellos, ya que ella me encontró con un número similar de campesinos de todas las edades; pero yo me había puesto a conversar, y los había puesto de buen humor elogiando su ciudad, y ellos, sentados en el suelo, levantándose de vez en cuando para ver cómo me iba saliendo el dibujo, y divirtiéndome con sus críticas a mi obra y sus ganas de aparecer en un primer plano.

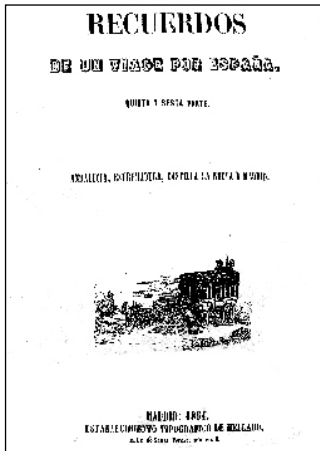
La noticia de nuestra llegada se extendió por la ciudad, y una delegación me estuvo atendiendo, y con gran solemnidad me presentaron una carta que había desde hacía muchos meses en la oficina de correos y que estaba dirigida a un inglés, y claro, ellos habían llegado a la conclusión de que debía de ser para mí. Por primera vez desde que estábamos en España tuvimos dos o tres chinches en nuestras camas.

Dejamos Vélez el Rubio a las cinco y media en punto, y muy pronto estuvimos otra vez en el lecho seco de un río, y a las cuatro horas paramos en el miserable pueblo de Chirivel, donde, en una venta aún más miserable, tomamos el desayuno con las provisiones de nuestra cesta -gallina fría y jamón, y una taza de té-. El agua, tanto fría como caliente, se puede conseguir en las ventas, pero nunca se puede conseguir leche. Después de abandonar Chirivel, el camino es agreste, monótono y nada interesante, aunque las montañas a cada uno de los lados de la llanura a veces presentaban formas bastante pintorescas. La carretera es tolerable a través de este ancho valle, que gradualmente se va llenando de cultivos, y las montañas de nuestra derecha son bastante bonitas. Aquí había llovido y los cultivos están surgiendo, y la tierra es bastante fértil cerca del pueblo de Costadar¹⁴¹, el cual pasamos a nuestra izquierda. Justo después de dejar este lugar, obtuvimos una bella vista de la Sierra de Baza, una gran cadena montañosa con sus cumbres casi cubiertas de nieve.

¹⁴¹ Debe tratarse de El Contador, pedanía dependiente actualmente de Chirivel.

1851

Francisco de Paula MELLADO



Portadas de dos "guías" editadas por Mellado a mediados del s. XIX.

La biografía de Mellado es difícil de realizar, pues, tras una búsqueda en enciclopedias, repertorios biográficos e internet, no hemos podido hallar ningún dato de su trayectoria vital, aunque sí nos han ido apareciendo las obras que publicó como editor en Madrid y París; en esta última ciudad abrió un establecimiento en 1853. La única reseña que conocemos de su vida es que vivió durante el siglo XIX, y entre los años treinta y setenta editó en su establecimiento numerosos libros de temática variada. Una de sus ediciones más importantes es la *Enciclopedia moderna. Diccionario universal de literatura, ciencias, artes, agricultura, industria y comercio* (Madrid, establecimiento tipográfico de Mellado, 1851-1855), que consta de 34 volúmenes y representa la primera gran enciclopedia en lengua española que se culminó en el siglo XIX, siendo una adaptación de la que publicó Didot en francés. En su elaboración colaboraron algunos de los nombres más ilustres de aquellos años: Hartzenbusch, Mesonero Romanos, Pedro de Madrazo, Modesto Lafuente, etc.

Preocupado por el contenido, que consideraba erróneo, de las guías de España editadas en otros países, decidió publicar algunos manuales para viajeros: *Guía del viajero en España...* (Madrid, establecimiento tipográfico calle del Sordo, 1842, p. 288-289); *España Geográfica, Histórica, Estadística y pintoresca...* (Madrid, Mellado-Gabinete Literario, 1845); *Recuerdos de un viaje por España* (Madrid, establecimiento tipográfico de Mellado, 1849-1851). Esta última obra, editada en tres volúmenes (Tomo I: Castilla, León, Oviedo, Provincias Vascongadas y Asturias; Tomo II: Galicia, Navarra, La Rioja, Aragón, Cataluña y Valencia; Tomo III: Andalucía, Extremadura, Castilla la Nueva y Madrid; páginas 1, 6 y 119-122), es la que a nosotros nos interesa, pues las otras son meras guías con gran cantidad de datos estadísticos.

Realizó su viaje por Andalucía a caballo, entrando en nuestra comunidad por Vélez Rubio, vía Puerto Lumbreras; de esta primera ciudad del antiguo reino de Granada, al igual que de Almería y Adra, hizo una breve descripción de su historia y citó los edificios más representativos. De Roquetas y Dalías tan sólo apuntó el número de vecinos.

VÉLEZ RUBIO. EN LA DIRECCIÓN PUERTO LUMBRERAS-BAZA

Desde Lorca emprendimos a caballo el camino de Andalucía por el Puerto de Lumbreras, que está a las tres leguas y es un lugar de 700 habitantes, situado en la embocadura de la rambla de Nogalte. Después de un corto alto, que lo empleamos en la comida, seguimos la marcha por la misma rambla,

cuya extensión es de tres leguas, y fuimos a pernoctar a Vélez Rubio, primera población del reino de Granada, perteneciente a la provincia de Almería...

Vélez Rubio es una villa cuyos habitantes más parecen murcianos que andaluces y está edificada en una colina que señorea a un hermoso valle. En sus inmediaciones se han encontrado varias antigüedades de la época de los romanos. Fue rescatada del poder de los moros, así como el inmediato pueblo de Vélez Blanco, que dis-

¹⁴² NR. Se trata de un error: Vélez Rubio y gran parte del sector oriental del Reino de Granada capituló en 1488.

ALMERÍA

Historia

La ciudad de Almería, edificada a la ribera del mar en una llanura de ocho leguas cuadradas, con sus fortalezas morunas, sus palmeras y terrados, presenta el aspecto, especialmente por la parte de tierra, de una ciudad oriental; es de muy oscuro origen, dicese fundada por los fenicios que la dieron el nombre de *Virgi*, que se interpretaba montaña o altura. Los romanos la denominaron *Portus-Magnus-Vigitanum* y los moros *Al-mería*, que quiere decir atalaya. Ab del-Rhaman I estableció aquí un arsenal de marina en 722, y cuando, a principio del siglo XI, varios walés o gobernadores negaron la obediencia al emir de Córdoba, el de Almería, que se llamaba Hayran, se erigió en monarca independiente. Duró este pequeño reino hasta 1091 en que fue conquistado por los Almorávides, los que a su vez fueron arrojados por los vecinos de Almería en 1144. Tres años después, el animoso emperador don Alfonso VII, puso sitio a la ciudad y, aunque se resistió durante mes y medio, hubo de abrir sus puertas al vencedor¹⁴⁶. Éste distribuyó los inmensos despojos entre los diferentes tercios españoles y extranjeros que componían su ejército; y a los soldados genoveses dio cierto plato de riqueza inestimable como formado por una enorme esmeralda, y que se decía, en aquella época de superstición y barbarie, era el mismo en que Jesucristo había comido en la última cena.

En 1157, después de un prolongado y reñidísimo cerco, cayó esta ciudad en poder de los moros Almorávides. Perteneció después ésta a los estados granadinos, sufrió un apretado asedio de siete meses de don Jaime I de Aragón y, en 1489, se entregó sin resistencia a los afortunados Reyes Católicos. Su escudo de armas se compone de la cruz de San Jorge y una orla de castillos, leones y granadas. Entre las fábulas religiosas escritas sobre Almería campea la de haber desembarcado en su puerto, el año 37 de la era cristiana, el apóstol Santiago acompañado de doce discípulos, y José de Arimatea, el centurión Pío, Simón Cireneo, sus dos hijos Rufo y Alejandro, el Zebedeo, María Salomé, y María Cleofás,



Muralla árabe de Almería entre la Alcazaba y San Cristóbal (zona de la Joya). Grabado de Francisco Javier Parcerisa para la monumental y romántica obra *Recuerdos y bellezas de España*. Versiones posteriores en *Crónica de la provincia de Almería* (1869) y *España, sus monumentos y arte...* (1884).

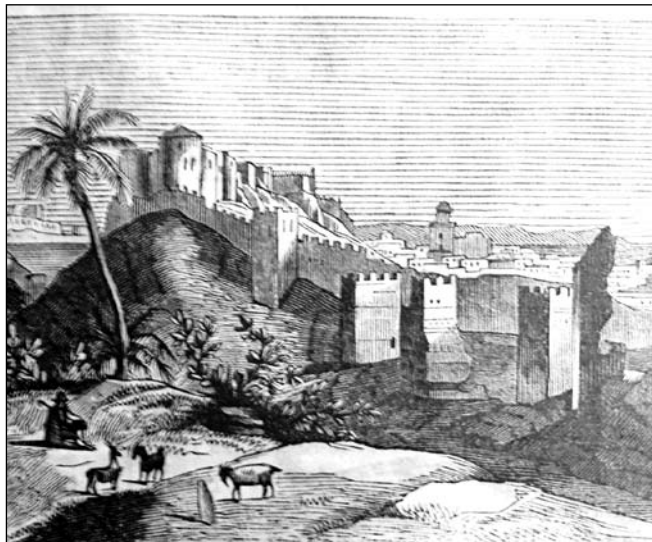
padres y tía del apóstol, y que ordenó por primer obispo a San Indalecio. Lo que consta sí es que en esta ciudad se estableció una de las primeras sillas episcopales, que se conservó por algún tiempo bajo el poderío de los moros, y que fue restaurada por los Reyes Católicos.

Descripción y organización administrativa y religiosa

Almería es capital de provincia civil y marítima, de juzgado¹⁴⁷, de diócesis, y comandancia general. Tiene diez y siete mil ochocientos habitantes, una catedral, cuatro parroquias, dos conventos de religiosas, y tres que fueron de frailes, un seminario conciliar, un hospital y

¹⁴⁶ He aquí la curiosa traducción de una crónica árabe en que se hace relación de este acontecimiento: "Ya llega el Embalatur Aladfunis acaudillando tanta multitud de infieles ya ginetes ya peones, que cubre los montes y los valles. Los riachuelos y fuentes quedan agotados y los campos sin árboles ni plantas, pues nada basta para tantos hombres y caballos. Estremeciase la tierra con el ruido de sus pisadas. Allí campear acaudillando sus huestes el cónsul Ferdeland de Galicia, el conde Radmir, el conde Armegudi, y otros guerreros de El-Frank y de las fronteras cristianas. Arriba por mar el conde Raymond con muchas naves y cercan la ciudad por tierra y agua de tal modo que solamente pueden entrar las águilas. Consumidas las vituallas y desprovistos de todo los musulimes se rinden al afortunado Embalatur, salvando solo la vida, al fin del año de la hegira 542".

¹⁴⁷ La provincia contiene cuatro ciudades, veinte y nueve villas y sesenta y nueve lugares, con doscientas cincuenta y dos mil novecientas cincuenta y dos almas; y el juzgado, una ciudad, una villa, diez lugares y cuatro aldeas.



Estas dos vistas de Almería, copias de peor calidad que sus modelos de Parcerisa, fueron realizadas para la edición de la obra de F. Mellado (1851).

teatro. Rodean la ciudad fuertes murallas de construcción arábiga, que la dan categoría de plaza de armas, y tiene además un castillo denominado la Alcazaba.

La iglesia catedral, que es de orden gótico y fue construida en el siglo X es de cien varas de largo, se divide en tres naves, y tiene una torre de treinta y tres varas de elevación. La parte exterior de este templo es muy sólida y en forma de fortaleza. En la iglesia que fue de dominicos estaba la mezquita principal de los moros, y allí se venera la efigie de Nuestra Señora del Mar, patrona de la ciudad. Las calles de Almería son, como acontece generalmente en España, estrechas e irregulares; pero en extremo aseadas. En la plaza de la Constitución hay muy buenas casas, entre ellas la municipal, adornada con dos torres. Aquí recogimos una anécdota interesante. (*Recuerdos de un viaje por España*).

ALMERÍA

(Del árabe *al marīṭya*, lugar despejado, desde donde se descubre mucho terreno), ciudad, capital de provincia, cabeza de partido y residencia de las autoridades civiles y militares. Tiene de población 27.030 habitantes, una catedral, seis parroquias, un colegio y un castillo, obra de los árabes, sobre un cerro que domina la plaza,

llamado alcazaba o ciudadela, y en donde se conserva aún grandes vestigios de un palacio que en ella tenía el rey. A distancia de dos leguas, en la sierra de Alamilla, se hallan unos baños termales prodigiosos. Produce esparto y barrilla, que es uno de los frutos más especiales y productivos de su suelo, y en su exportación se ocupan muchos hombres, como también en la de plomo y alcohol de las minas de la Alpujarra; sus rocas, de una arena negra y ferruginosa, producen un polvo propio para la escritura, que forman un ramo de comercio. Su puerto carece de muelle, pero es cómodo y está habilitado para la importación y exportación al extranjero; todavía se ven vestigios de un muelle construido por los árabes, y las atarazanas, donde se construían toda clase de barcos. Comunica esta ciudad con Granada por medio de galeas y dos coches que hacen el viaje en tres días y medio, sin que haya otra comunicación más acelerada. Este camino es también de los que se trata hacer nuevo. En el año 1827 se empezó un nuevo camino de arrecife, que debía pasar por todos los puntos próximamente que el de hoy; pero no llegó más que desde Almería, algo más adelante del pueblo de *Dador* [Gádor], a una venta llamada de la *Calderota* [Calderona]. La provincia de Almería es una de las que en los últimos tiempos ha tenido mas desarrollo la industria minera, con regular provecho para los que se dedican a este ramo de especulación. (*Guía del viajero*, pp. 309-312)

¹⁴⁸ Denominados *bastulos-poenas*.

¹⁴⁹ Este nombre se interpreta fortaleza, y conviene muy bien a la situación de Adra en la cumbre de un monte sobre el Mediterráneo.



Lavadero a las afueras de Almería, probablemente, en el barranco del Caballar o la Chanca, dibujado por Compton y grabado por Bayley. (Reproducida de *Los grabados de Almería*, de J.L. Ruz; *La Voz de Almería*, 2001).

RUTA ALMERÍA-ADRA

Desde Almería seguimos nuestro viaje en dirección de Cádiz y, dejando a la izquierda *Las Roquetas*, pueblo marítimo de quinientos cincuenta vecinos, pasamos la primera noche en Dalías, que tiene dos mil doscientos cincuenta y donde nada de particular se presentó a nuestras observaciones. Al otro día pasamos por *Adra*. Esta antiquísima colonia de fenicios¹⁴⁸ y de su caudillo Melchartos o Hércules, que la llamaron Abdera¹⁴⁹, fue tenida en grande estima por los romanos, que la concedieron derecho de batir moneda y construyeron grandiosos monumentos. Los godos, en sus últimas guerras con los imperiales, la asolaron totalmente, pero luego renació de sus escombros y volvió a su primera importancia, como manifiesta la resistencia que opuso a los moros, con los que después capituló con honrosas condiciones. Adra fue el último patrimonio que poseyó en España el último monarca granadino por concesión de los Reyes Católicos, los que la adquirieron al cabo de dos años por vía de compra y la restauraron de las ruinas que había sufrido por las guerras. Aún volvió Adra después a poder de los moros andaluces levantados contra Castilla, pero Fernando el Católico la recobró muy en breve. También padeció esta villa con la sublevación de los moriscos y las con-

tinuas correrías de los corsarios turcos que la saquearon bárbaramente en 1620, después de tomarla por asalto. Tiene Adra siete mil cuatrocientos habitantes, una parroquia, cuyo edificio de tres naves fue construido en el siglo pasado, grandes restos de sus antiguas fortificaciones¹⁵⁰ y fábricas de fundición... (*Recuerdos de un viaje por España*).

DE GRANADA A ALMERÍA

Este camino es de rueda, pero se encuentra en muy mal estado, principalmente desde el ventorrillo del Barranquillo a Almería. En el invierno, sobre todo, se pone intransitable, pues además de las ramblas que con las aguas se hacen un lodazal, hay tres ríos que pasar, el del Molinillo, junto a la venta del mismo nombre, el *Fardes*, que se halla antes de llegar a Purullena, y el Andarax o de Almería en el pueblo de *Dador* [Gádor], todos los tres sin puente ni aun siquiera vado seguro... Además de las ventas de que queda hecho mérito en el itinerario, se encuentran otras varias, entre ellas el parador de Piñuela, a media legua de Granada, las tres de los llanos de Guadix, la *Dorada* o de Bastian, legua y media antes de Gádor, y la Húmeda, que dista unas dos leguas de dicho punto... (*Guía del viajero*, pp. 309-312)

¹⁵⁰ En 1821 una grande avenida arruinó completamente su antiquísimo torreón fenicio que los moros denominaban *Alcazaba*.

1852

Alexis de GARAUDÉ



(Foto de L. Roisin).

(Nancy, 1779 París, 1852). Fue Profesor del Conservatorio de Música de París. Recibió una esmerada educación en la que no faltó el aprendizaje de la música. Cuando estalló la Revolución y la fortuna de su familia se redujo, recurrió a las nociones de música que había adquirido y tomó lecciones de composición que completó bajo la dirección de Recha. Alumno de canto de Crescentini y de Garat, transmitió más tarde a sus alumnos los principios de estos dos grandes virtuosos de la música. En 1808 formó parte, como cantor, de la Capilla Imperial y conservó su plaza durante la Restauración. En 1816 fue nombrado profesor en el Conservatorio, función que ejerció hasta 1841. Escribió distintas obras de música caracterizadas por los métodos para el canto, el solfeo y la armonía.

En su viaje a España recorrió Andalucía y visitó Almería, que no le produjo muy buena impresión, como se desprende de sus escritos: *L'Espagne en 1851 ou impressions de voyage d'un touriste dans les diverses provinces de ce Royaume*. París, 1852; pp. 67-72.

España ha estado dominada sucesivamente por los cartagineses, los romanos, los godos y los “españoles” por lo que cada ciudad ha recibido varios nombres de distintas épocas. Almería es el *Portus Magnus* de los antiguos y *el Meyrath* de los árabes. Es una ciudad en la que las fauces del tiempo han destruido su grandeza. Viendo su estado actual no se explica que un poeta árabe dijera que “*es una tierra donde las piedras son perlas, el polvo es oro y los jardines un paraíso*”. Los restos del castillo moro que domina la villa se llaman Alcazaba. La Catedral tiene una rica fachada corintia. En tiempo de los moros, Almería era una de las ciudades más ricas de España por los productos de sus manufacturas, con las que tenían un considerable comercio con Italia y Oriente. Hoy sus mercancías son productos del esparto: ¡qué diferente!

Al día siguiente llegamos a Málaga...

1852

Emile BEGÍN

Desde nuestra salida de Barcelona, hemos ido siempre del nordeste al suroeste; nos acercamos poco a poco a África, el sol también tiene ardores verdaderamente africanos. Vamos a ver pronto las orillas del reino de Granada y de Andalucía; mi imaginación se exalta ante la perspectiva de estos bellos lugares. Al ponerse el sol, percibimos el enorme peñón que se llama el cabo de Gata; la villa de este nombre, tan rico en recuerdos históricos de la época de los moros. Pero la noche llega con todos sus esplendores. Yo veo saltar algunas marsopas, volar algunos pájaros que van hacia la tierra. Después de muchas pequeñas observaciones sobre el aire, el mar, los pasajeros y sobre mí mismo, me voy a acostar con la esperanza de contemplar mañana muchas cosas bellas. Éste es el gran encanto del viaje. Ver sin cesar lo nuevo, experimentar cada día nuevas sensaciones, enriquecer la memoria de hechos interesantes, encontrar personas espirituales, ¿no es esto vivir de la manera más agradable? (*Voyage pittoresque en Espagne et en Portugal*, París, Belin-Leprieur et Morizot, 1852. pp. 499-500.)

1853

Robert DUNDAS MURRAY



(1817-1856). Personaje de biografía desconocida, aunque sabemos por John Brackenbury que, en 1840, estuvo en Cádiz por motivos de salud, pero también por intereses literarios. De allí viajó a Sevilla y también a Río Tinto, desde donde, entusiasmado con las tierras andaluzas, se lanzó a la aventura de conocer Cazalla, Córdoba y Jaén, para seguir hacia Baeza, Lucena, Granada y Málaga. Desde esta ciudad embarcó para Almería, continuando a caballo por Baza, Guadix, Granada, Antequera y Ronda. Acabó su periplo en Gibraltar. Persona descrita como “guapo y liberal”, fue muy querido por las personas que le conocieron, siendo citado en numerosas obras.

Su paso por Almería lo recoge en las páginas 389-402 de su obra *The cities and wilds of Andalucía*, publicado en Londres, por Richard Bentley, New Burlington Street, en 1853.

CAMINO DE ALMERÍA. LA CIUDAD Y LA BAHÍA DESDE LA ALCAZABA

A continuación de la costa, cerca del lugar adonde nos dirigíamos, y torciendo la marcha hacia adentro, apareció un vasto llano, llamado los Llanos de Almería. Una hermosa bahía se abrió a nuestra vista, revelando a lo lejos de forma pintoresca el pueblo y el castillo. Hacia allí el barco siguió su curso, dejando a su izquierda una sucesión de peñascos que emergen de la pared rocosa en este lado, desde la profundidad del agua. Antes del mediodía el ancla fue echada frente a Almería.

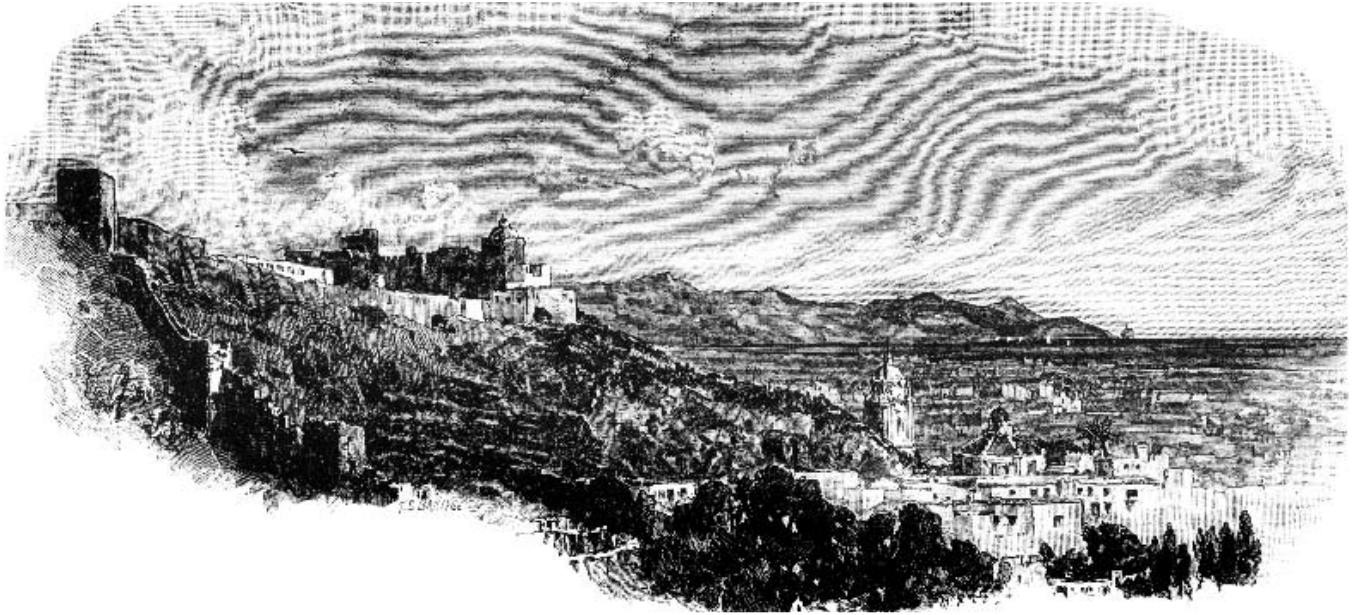
Como fui el último en llegar al mesón, me senté en el extremo de una larga mesa, alrededor de la que se habían reunido un abigarrado grupo de invitados como nunca había visto. Aunque la variedad era grande, había ciertas características comunes a todo el grupo. Todos ellos hablaban en voz alta y mucho; todos comían vorazmente, aunque cambiando el orden usual de las cosas. Nuestros hermanos de la otra parte del mar no son distintos en algunas cosas; muchos hombres se sientan a la mesa con las mangas de la camisa subidas hasta los hombros, y sin excepción todos tienen los cuellos echados para atrás, mostrando sus gargantas y pechos morenos. Un extranjero, recién llegado, puede sacar la conclusión de que estas exhibiciones son frecuentes en España; en efecto, estos hombres

pertenecían a la fraternidad de comerciantes viajeros, que ni en España ni en ningún sitio se distinguen por su educación o refinamiento.

La razón por la que se habían reunido en tan gran número en este puerto era porque en una sierra de la cercanía se habían encontrado recientemente numerosas vetas de plomo que prometían producir ricos beneficios a los explotadores. El descubrimiento ha despertado un interés grande en un país en el que la inclinación a reunirse por cualquier circunstancia relacionada con la creciente industria es una característica nacional. Una multitud de aventureros y capitalistas han venido y, aunque sin experiencia o ciencia alguna, están intentando con prodigioso ardor agujerear la montaña.

Se decía que habían hecho un centenar de hoyos en una zona a lo largo de la montaña y cada excavación era propiedad de diferentes propietarios. Me pareció difícil entender este gran éxito, pero me parecía, por la cantidad de discusiones que tenían entre ellos, que eran más expertos en deshacer el trabajo de los vecinos que en extraer riqueza para ellos desde la profundidad de la madre tierra. Yo me escapé con satisfacción de aquel ruidoso sitio y, acompañado por un guía, procedí a subir al castillo.

Subimos por un empinado y curvo camino laboriosamente excavado en la sólida roca y llegamos,



El Cabo de Gata en lontananza, seguramente desde la Alcazaba. Bello grabado debido a Compton y Bayley, donde podemos observar las murallas de la Joya, la antigua ermita del cerro de San Cristóbal, las Claras y, al fondo, el perfil del Cabo de Gata. (Reproducida de *Los grabados de Almería*, de J.L. Ruz; *La Voz de Almería*, 2001).

después de pasar a través de una o dos cancelas, a un espacio abierto que antaño había sido la plaza de armas de la fortaleza. Siguiendo la ascensión, llegamos a la cima de la ciudadela, coronada por modernas fortificaciones, que por los datos escritos de forma llamativa en las paredes ha sido construido en el reinado de Carlos III.

Poco habíamos oído hablar de la bahía de Almería porque se extiende fuera del camino de los turistas. Pero el escenario invita a la comparación con los más admirados del Mediterráneo. Las orillas son altas y rocosas, en las que todos los navíos del mundo pueden encontrar protección. La serie de acantilados me reveló la rudeza de su carácter primitivo. Los colores de la puesta de sol envolvían en tranquilidad el atardecer. Las aguas de la bahía toman a su vez parte del reposo que les rodea y en su suave superficie había una o dos velas flotando sin apariencia de movimiento. En el extremo Este de la orilla aparecen, como saliendo del mar, una línea de negros precipicios, sobre los que los últimos rayos de sol se escondían con un brillo que encantaban por el contraste del efecto general de la escena. Llegó el crepúsculo y, en una corta media hora, se oscureció tristemente esta bella hija del Mediterráneo. *¿Qué se puede decir de esta creación de cielos y aguas azules de majestuosas proporciones? de madre pura, hija purísima; majestuosa y despierta ante el bramido de la tempestad, no refleja cosa otra cosa que la sonrisa del cielo.*

Yo he sido afortunado en mi experiencia en el Mediterráneo; a pesar de asociarlo en nuestros pensamientos con un temperamento pacífico, *su sangre a veces hiere*, y entonces, como toda la gente tranquila cuando está un poco animada, su reacción es de arrebató.

¿Dónde están los mejores puertos del Mediterráneo?, preguntaba el Emperador Carlos V a un marinero anciano. *Junio, Julio, Agosto y Puerto de Cartagena* contestó el veterano, queriendo decir que Cartagena era el único puerto seguro en cualquier época y que de los otros uno no se podía fiar, excepto en los tres meses del verano.

La ciudad de Almería está situada al pie de un promontorio en el que se encuentra el castillo, y siguiendo la regla observable en muchos de los sitios de origen moro, las viviendas están bajo la sombra de la fortificación, buscando la dispersión lejos de la protección. Mirando desde arriba, los tejados planos presentan una apariencia singular y todos están al mismo nivel; uno podría pasar de un extremo de la calle al otro sobre ellos. En la parte Este, se extiende la vega hasta el pie de la sierra que termina en Cabo de Gata; en medio la envuelve el río de Almería con su rivera vestida por el exquisito verdor de la vega; arbolados de higueras y olivos se extienden hasta las afueras de la ciudad.

A la mañana siguiente, con un simpático joven arriero por compañero, tomé el camino hacia la sierra.



Personajes sentados en el suelo o en sillas bajas: un rasgo de orientalismo, según los viajeros.



Paisaje almeriense evocador del norte de África o el próximo Oriente.

CAMINO A SIERRA DE FILABRES: RÍO ANDARAX, TABERNAS, PURCHENA

Mi ruta hacia el interior me llevó a Purchena, Baza y Guadix, y me condujeron una vez más a Granada. Dejamos la ciudad por una carretera buena entre jardines y arboledas, pero esto acabó y llegamos a un caserío, alrededor de una legua de distancia, donde el arriero tenía su vivienda; parándose delante de la puerta, pidió que me apeara y que entrara en su casa, suplicando como excusa de la parada un importante negocio.

La verdad era que, habiendo conseguido a un inglés, estaba deseoso de darme a conocer a su familia y amigos; cuando entré, me encontré en el centro de una multitud de observadores admirados. Creo que ellos imaginaron que no hablaría, porque cuando los saludé en su propia lengua hubo una exclamación general de sorpresa. *Ave María, ¡puede hablar con nosotros!*, era la expresión que se oía en todo el grupo; y algunos llegaron tan lejos como decir que yo podía *hablar como un cristiano*. Este cumplido lo recibí con reconocimiento, porque quería decir que yo hablaba como un español. De acuerdo a la noción del país, nadie, excepto los españoles, son cristianos, por tanto los términos son usados como sinónimos y con frecuencia se dice que el español es la lengua cristiana.

Entramos en el interior de una tienda árabe que tenía el tejado en forma de bóveda; la luz entraba sólo

por la puerta y todos los muebles que había en el lugar podrían transportarse en un camello. Con la excepción de una mesa baja y un par de sillas bajas con estilo, yo sólo vi alfombras enrolladas durante el día y extendidas por la noche a modo de camas y algunos utensilios de cocina. La señora de la casa era tan negra como una mulata y tenía un pañuelo escarlata alrededor de su cabeza, al estilo de un turbante; sus adornos eran solamente un par de largos pendientes de oro colgando de sus orejas.

...A las 5 en punto llegamos al pequeño pueblo de Tabernas, donde yo tomé una habitación para la noche. Habiendo sufrido tanto durante el día por el calor, me puse contento al encontrar en la posada una habitación donde poder disfrutar de la soledad y el descanso. Sus únicos muebles consistían en una mesa y una silla, ambas tan pequeñas que parecían más juguetes para niños que artículos de acomodo para personas adultas.

En este detalle sin importancia, el lector podrá observar el recuerdo de los hábitos de los moros de sentarse en el suelo; estas pequeñísimas sillas eran solo el primer cambio. Aunque estaba en soledad, mi habitación estaba muy lejos de ser una morada silenciosa, porque sólo una pared me separaba de la ruidosa reunión de los muleteros que ocupaban la cocina de abajo, y cuya conversación subía sin perderse una palabra. De hecho, me encontré metido en la conversación y pude recoger buena información, no sólo respecto a



La calle Larga de Purchena a comienzos del s. XX.

mí, sino de los ingleses en general; no me sorprendió oír una voz inquiriendo, con innecesaria particularidad, cuál era la carretera que yo propuse para tomar al día siguiente, si llevaba armas, y qué forma tenían. Al principio de mi viaje, antes de que aprendiera a estimar en su propio valor las historias de peligro y robos recientes, que mis buenos amigos contaban de cada una de las rutas que yo proponía, yo lo hubiera oído con suspicacia y a la mañana siguiente hubiera inspeccionado cada arbusto y roca donde podría esconderse un “ratero”. Pero hacía tiempo que había cesado de poner atención a estas historias de mis buenos amigos, o espiar el peligro de los castillos de cada pueblo, y como mi experiencia en los viajes andaluces era mayor, llegué a la conclusión que con las precauciones adecuadas, podría recorrer la provincia de punta a punta sin encontrar un sólo caso de alarma.

De vez en cuando una banda surge en una zona, meten el temor a todos los vecinos por un período más o menos largo y desaparecen tan rápido como aparecieron. Entre todos estos peligros, de todas formas, un viajero prudente puede hacer su viaje sin mucho peligro.

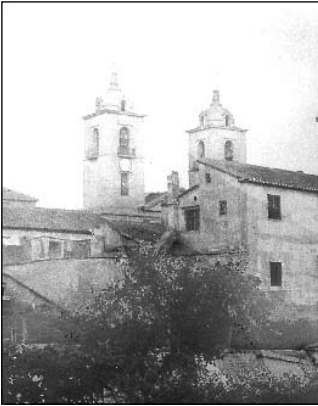
Al día siguiente vivimos unas horas muy calientes entre los paisajes silvestres y las sierras. Un camino solitario fue nuestro por varias horas con precipicios de rocas altas y luchando con superficies resbaladizas.

Nuestros animales ponían sus patas en los agujeros hechos por el constante pasar a lo largo del sendero. A estas alturas, aunque un resbalón de nuestro cuadrúpedo podría haber terminado con fatales consecuencias para los que lo montábamos, uno aprende por la familiaridad con el peligro a mirarlo con indiferencia. Más de una vez mi pie estuvo al borde del precipicio y me encontré especulando sobre 200 o 300 pies más abajo. Por esta ruta cruzamos la sierra de Filabres y después de 10 o 12 horas llegamos al pueblo de Purchena. La única calle que tenía descendía desde el lado norte de la montaña hasta un punto donde existían escasísimas habitaciones para los habitantes; a pesar de estas limitaciones, un rey tuvo allí su residencia y corte. Fue Boabdil, el último rey moro, que ejerciendo en la sombra la autoridad permitida por los conquistadores, reinó por un tiempo sobre villas y valles, con los peores recuerdos de un reino que una vez fue suyo. Pero pronto se sintió enfermo y cambió su dignidad y poder por una gran suma de oro y se marchó a África, donde cayó en un campo de batalla, combatiendo con bravura en la causa de su familiar Muley Ahmed ben Merini. Es inaudito, dicen las crónicas moras, “*que no tuvo el coraje de morir defendiendo su propio reino y país y sacrificó su vida por el triunfo de otro*”.

El día siguiente fue como los precedentes, pasado entre desfiladeros y escalones de montañas. Recordaré por mucho tiempo la sierra de Baza...

1853

David Thomas ANSTED



Vista de Berja con las torres del templo parroquial. (Gentileza de L. Cara).

(1814-1880). Reconocido geólogo económico inglés con enormes dotes para estudiar y analizar áreas con posibilidades para la explotación del subsuelo. El espectacular auge minero y la enorme inversión británica que experimentó nuestra tierra a lo largo del siglo XIX, le obligaron a visitar España¹⁵¹. Con tal motivo, a mediados de 1853 realizó un viaje a nuestro país para conocer in situ las posibilidades del sector, siendo uno de los puntos de destino La Alpujarra. Tras su vuelta a Gran Bretaña, publicaría en Londres en 1854, bajo la mano de la imprenta de John Van Voorst, un libro titulado *Scenery, Science, and Art; being extracts from the note book of a geologist and mining engineer*. en el que relataba sus experiencias¹⁵².

El relato de su viaje desde Granada a Almería y su larga estancia en Berja esta inserto en el capítulo quinto de su libro, entre las páginas 145 a la 164. De este capítulo hemos suprimido los desarrollos geológicos, por considerar su lectura un tanto tediosa a las personas legas en la materia. En Berja tuvo ocasión de visitar las localidades situadas en torno a la sierra de Gádor. Para llegar a Almería, Thomas Ansted cruzó la Alpujarra en sentido horizontal. El municipio virgitano fue su primer objetivo, por ser entonces el principal productor mundial de plomo; si bien un segundo objetivo fue analizar, a modo de prospección, todo el sector occidental almeriense, tan rico en minería¹⁵³. Recorrió la Baja Alpujarra, en la que despliega numerosas visitas al entorno, y, tras una larga estancia en Berja, el británico continuó su camino por el río Andarax, con objeto de reconocer la sierra Alhamilla, tras la cual pasó a la ciudad almeriense.

Recientemente, el investigador virgitano Valeriano Sánchez Ramos ha realizado un documentado y completo trabajo sobre el viaje de Ansted por la Alpujarra, acompañado del texto del itinerario, publicado en la revista *Farua* (Berja), nº 7 (2004), p.47-64. Traducción de Christian Navas.

EL VALLE DE LAS ALPUJARRAS

A sí seguimos durante millas de camino natural, solitario, yermo a menudo, encajonados por roca viva de muchos cientos de pies de altura y muy escarpada, pero siempre recordándonos que llegará el día del juicio final, y que los grandes

bloques de caliza y esquisto a nuestros pies no son depósitos permanentes. Son, de hecho, simples juguetes, movidos y transportados al mar con poco aviso previo, y en cuanto las lluvias desciendan una vez más, y los poderosos torrentes que bajan de la escarpada sierra se unan y aren un canal nuevo a través de los montones acumulados en procesos anteriores. El camino, si así puede llamarse, sigue por estos sen-

¹⁵¹ En este sentido, anotamos que, en 1856, la española *Revista Minera* se hace eco de una información de la prestigiosa publicación británica *Mining Journal*, al dar cuenta de la constitución de una sociedad inglesa de minas en sierra de Gádor, bajo la dirección de Mr. Frederick Burr, colaborador habitual de la citada revista, y la inspección técnica del profesor londinense ANSTED. *Revista Minera*, t. VII, 1856, p. 555-556.

¹⁵² La obra se encuentra en la *British Library* bajo la referencia 10027E18.

¹⁵³ Por toda la bibliografía, nos remitimos a la obra de A. SÁNCHEZ PICÓN, *La integración de la economía almeriense en el mercado mundial (1778-1936). Cambios económicos y negocios de exportación*, Almería, 1992, la cual dedica un amplio y extenso capítulo al tema minero y todo su desarrollo industrial y comercial. Con carácter particular, es de obligada lectura la obra de M.Á. PÉREZ DE PERCEVAL VERDE, *Fundidores, mineros y comerciantes. La metalurgia de sierra de Gádor, 1820-1850*, Almería, 1985.



Itinerario de Ansted sobre un plano de 1900 impreso en la *Enciclopedia Ilustrada Seguí*.

deros por un sinfín de valles, hasta que por fin llega al importante valle transversal de Adra. Desde aquí diverge pronto, cruzando otra cresta de cierta altura, con una excelente vista de la sierra de Gádor, y descendiendo a otra parte del mismo valle cerca de la rica y próspera población de Berja, el centro del distrito minero de la sierra de Gádor.

Berja no está situada en el valle entre Sierra Nevada y las sierras calizas inmediatamente al sur, sino entre estas últimas y la cadena costera, o más bien en el hueco cerca de las mismas, y entre la sierra de Gádor y la de Lújar. Se ha enriquecido notablemente por el éxito de la actividad minera en la sierra de Gádor, y se encuentran algunas casas modernas de impecable construcción. El lugar es realmente moderno; dado que la vieja población fue destruida casi por completo por un terremoto de principios de este siglo, quedan pocas características musulmanas, que no sea el estilo general de los edificios, claramente adaptado de los antiguos habitantes.

Las costumbres de estas gentes son asimismo asiáticas, aunque los gustos de los moros claramente no están presentes en la iglesia y el ayuntamiento, ni en los edificios públicos que adornan la plaza del mercado.

Desde Berja se puede ver bien Sierra Nevada en el hueco formado por las sierras de Gádor y de Lújar, y la población está prácticamente rodeada por tierras más altas. Teniendo un suministro razonablemente bueno de agua, la vegetación y el paisaje son muy

interesantes. Desde una ventana de mi apartamento, veía un jardín con naranjos, limoneros, granados, higueras y palmeras, así como distantes parches blancos de nieve en las montañas; desde la otra ventana podía ver la sierra de Gádor con sus incontables minas, indicando una población grande pero oculta; mientras mi descanso tanto diurno como nocturno quedaba interrumpido por el incesante ruido de los cascotes de las mulas y burros que bajaban el mineral para transportarlo a la costa, o ligeramente cargados con las vituallas que necesitan los mineros quienes, no obstante, reciben toda su comida, vino, etc., e incluso el agua, transportado así en largas distancias de muchas millas.

Un camino, por así llamarlo, en la rambla siempre cambiante, constituye durante la mayor parte del camino la única forma de comunicación con la costa en Adra, donde el mineral de plomo se funde, y desde donde se exporta principalmente a Marsella y a los Estados Unidos. El clima de aquí se parece al de los trópicos, y permite el cultivo con éxito de la caña de azúcar, así como el del arroz, en las llanuras más bajas donde el riego es posible. De hecho, las cañas normales de esta parte de España ya son destacables por su enorme crecimiento, y en algunos lugares alcanzan alturas superiores a los veinte o treinta pies, formando algo así como un bosque a ambos lados del lecho de grava del valle. La caña de azúcar no crece tan alta. También observé la presencia de algunos plataneros que crecían lozanos, aunque se me informó de que los frutos de este árbol típicamente tropical rara vez madura a la perfección. El cactus (chumbera) crece más exuberante que nada, y en la época de mi visita (finales de agosto), las chumberas estaban cubiertas de millones de su grotesco, pero no muy agradable, fruto. La pita también florece libremente, y numerosos tallos, de veinte o treinta pies de altura, pueden verse en el paisaje, como postes telegráficos abandonados, mientras que la flor, de aspecto deslucido y deteriorado, cuando se presenta, apenas añade a su belleza.

ADRA

Adra en sí es una población animada y agradable en otoño, cuando mucha gente del interior viene a disfrutar de los baños de mar. Las comodidades no podían ser más primitivas. Una minúscula (y única) caseta como un *wigwam*¹⁵⁴ indio, cubierto someramente con hierba seca y juncos, sirve de vestuario, pero se

encuentra a cierta distancia del agua. Cuando está preparada para el baño, la señora que se ha arreglado (los caballeros desdeñan estos pequeños lujos) se acerca al mar lo mejor que puede, y ahí disfruta del placer del baño, mientras ve pasar a los paseantes a escasas yardas de ella. Cuando desea retirarse, una muchacha, que parece hacer las veces de lavandera y de pescadera¹⁵⁵ también, baja con una tela grande y algo parecido a un albornoz, y recibe a la señora a su salida del agua, rodeando a ambas con la tela. En este tipo de tienda improvisada, formada por la asistente y la tela, la señora se pone el albornoz lo mejor que puede, y sigilosamente camina las doscientas o trescientas yardas hacia la caseta, donde se viste con tanta prisa como puede, para dejar su lugar a otra.

Aunque se trata de una vieja población, fundada por los fenicios, y dotada de una torre pintoresca, presuntamente romana, y los restos de un magnífico castillo musulmán, Adra debe toda su importancia a las fundiciones de plomo, que se convierten en destino del mineral de plomo no sólo de las sierras más cercanas, sino también de varios lugares a lo largo de la costa, incluyendo Cartagena. Se produce un considerable tráfico marítimo, dado que las fundiciones necesitan combustible, que es importado principalmente de Inglaterra, y el plomo, que una vez producido, debe ser exportado. La principal fundición también produce planchas de plomo, tuberías de plomo, perdigones, minio, plomo blanco¹⁵⁶ e incluso pigmentos, y fue establecida originalmente por el anterior cónsul, el Sr. Kirkpatrick, pero ahora se encuentra fundamentalmente en manos españolas. El plomo es separado de la plata por el proceso de Pattinson¹⁵⁷, y la maquinaria y la organización estaban implantados cuando comenzó su actividad por primera vez.

El terreno comprendido entre Berja y la costa consiste fundamentalmente de roca pizarra y esquistos, y por lo que pude saber, no se habían encontrado fósiles. La edad geológica de las rocas más viejas de esta parte de la Península debe considerarse muy dudosas todavía; los hechos principales a observar y recordar son más de estructura que de edad. No se han encontrado



Miembros de la familia virgitana Joya en la playa de Adra hacia 1900. (Reproducida de *Farua*, número extraordinario sobre la Historia de Adra, 2006).

todavía minerales de valor en esta sierra meridional, que es posiblemente del mismo tipo de roca que Sierra Nevada, que se levantó con posterioridad, y que elevó las pizarras y calizas con una orientación ligeramente septentrional.

De Adra a Berja discurre un camino regular, y casi único en la actualidad que llega al distrito minero de la sierra de Gádor, y seguí esta ruta en más de una ocasión, primero simplemente a la cumbre de la montaña, y después pasé la cumbre para pasar a la parte oriental de las Alpujarras.

SUBIDA A LAS ALPUJARRAS

La subida a la parte superior, o distrito minero, desde el valle relativamente elevado de Berja, es extremadamente empinada, cortada en una estrecha garganta en forma de tortuoso sendero, por el que un caballo o mula tarda al menos tres horas en subir. Las vistas del paisaje más inmediato y más lejano, al subir a la sierra, son maravillosas, y se extienden por toda la cresta metamórfica hasta los valles de más allá, y hacia las aguas azul oscuro del Mediterráneo. Las montañas en sí, e incluso las *barrancas*¹⁵⁸, son frías, sombrías, yermas y desoladas. Tras un dificultoso camino de un par de horas, se encuentran montones de arena y grava de aluvión, marcando la cercanía de la zona minera, y constituye una curiosa prueba de la abundancia de mineral, dado que estos montones están producidos por el trabajo de pobres mineros, que ganan un escaso salario cavando y cribando la grava aluvial buscando fragmentos de mineral de plomo. Esta actividad recuerda al cribado de otras partes, habitual en el caso de mineral de oro y estaño, donde hay agua a mano; pero es peculiar encon-

¹⁵⁴ N.T. Así viene en el original, y en el diccionario.

¹⁵⁵ N.T. Fish-fag; la traducción hay que confirmarla.

¹⁵⁶ N.T. Traducción literal a confirmar.

¹⁵⁷ N.T. También a confirmar.

¹⁵⁸ N.T. Mantenemos la denominación original del autor.



Malacate de la mina San Diego, de Dalías. (Reproducido de *La Minería de Sierra de Gádor*, de Lorenzo Cara, Berja, 2002).

trarlo en uso aquí, donde no hay ni una gota de agua disponible ni para beber que no sea la acarreada a varias millas a lomos de una mula tras un largo y empinado ascenso. Es evidente que en algún momento se extrajo una gran cantidad de mineral de la roca madre, o de otra forma este sistema no sería rentable en modo alguno; se dice que proporciona un beneficio real aunque pequeño, y está permitido por el gobierno sin reservas de derecho o concesión legal o formal.

Siguiendo por el camino de mulas, pronto llegamos a una de las partes más dignas de mención de este distrito, donde el suelo literalmente se vuelve del revés gracias a miles de topos humanos, que han escarbado, generalmente con bastante éxito, pero que desafortunadamente no han dejado tras sí ninguna otra señal de la naturaleza de su trabajo que el montón de tierra. No obstante, el color de la tierra, especialmente donde aún se trabaja, delata de inmediato el éxito o el fracaso del empeño. El mineral se encuentra asociado con una sustancia arenosa blanca, y basta con cribar para separarla. Por tanto, donde el montón es blanco y polvoriento, se está obteniendo mineral. Si es azul o marrón, el resultado está siendo de momento negativo.

Cualquier soplo de aire levanta nubes de polvo blanco en lo alto y en las laderas de la sierra, constituyendo buena prueba para el ojo instruido del éxito general de los trabajos subterráneos.

Sierra de Gádor no está coronada por un pico, sino por una meseta, a veces rota o socavada, mostrando en líneas generales las características principales de un altiplano. Aunque la lluvia cae en ocasiones, el agua desaparece pronto, y la superficie permanece con su aspecto usual, seca, agostada, yerma y desolada. No hay ningún árbol, apenas alguna brizna de hierba; unas pocas ventas de aspecto miserable, y las casas, o más bien cabañas de las más pequeñas (*cortijos*), cerca de retumbas, para refugio y protección, son las únicas cosas que rompen la lóbrega monotonía de los montículos polvorientos a los que ya se ha hecho referencia. Aunque razonablemente familiarizado con zonas mineras, no conozco ninguna otra zona con el aspecto característico la de esta Sierra del Sur de España.

BAJADA DE LAS ALPUJARRAS

Bajando por una depresión en la superficie caliza, y pasando por otras minas que sólo estuvieron abiertas brevemente, pasé a descender por la vertiente septentrional de la sierra, y llegué al valle principal de las Alpujarras en su lado oriental. Durante una de mis visitas toda la montaña quedó envuelta en nubes, que se convirtieron en lluvia solamente en la parte baja, pero que ocultaban efectivamente todo lo que estuviera a una distancia superior a unas cuantas yardas. En otra ocasión, vi bastante de esta magnífica sierra y valle para poder juzgar ese efecto.

El descenso por el lado septentrional es tremendamente empinado, y el escenario es extremadamente espectacular, pudiendo observar una mezcla de esquistos erosionados y rotos, calizas fracturadas por el tiempo y arenas y arcillas terciarias profundamente desgastadas; estos materiales se presentan en gran variedad y belleza tanto de formas como de colores.

Continuando el descenso, llegamos por fin al valle, donde se pasan varias aldeas y pueblos musulmanes uno tras otro, en primer y segundo plano del paisaje. Estas poblaciones se sitúan a los pies, o casi, de la gran cadena nevada, pero muy por debajo del nivel que alcanzan las nieves incluso en invierno, y estando en su mayoría retiradas a cierta distancia del único camino del valle,

apenas son visitadas por forasteros. El hermoso paisaje es boscoso, y he visto algunos de los más hermosos y antiguos olivos de la zona. Las tierras son altas pero resguardadas, y la vegetación comparte las características encontradas en los valles del Sur de España retirados de la costa. El maíz crece en abundancia. Se encuentran naranjos y limoneros, pero no con mucha frecuencia; los higos, granadas y peras son las frutas más importantes, y los olivos y las viñas proporcionan el aceite y vino tan necesarios en este país. Los melones son, como es norma en España, abundantes hasta el infinito, y en su mayor parte de gran tamaño y excelente calidad.

Paré de noche en la aldea de El Fondón, cerca de algunas minas de plomo del mismo nombre, y próspera por la vecindad de estas minas. Desde este lugar hay varias millas de camino bien trazado, y en su día bien construido, que se dirige a Almería. No obstante, el camino, construido por el gobierno cuando todas las minas eran propiedad de la Corona, se ha descuidado completamente durante casi medio siglo, y en algunos lugares está tan deteriorado, que es casi intransitable incluso para los vehículos más resistentes. Lleva a la rambla del Río de Almería¹⁵⁹, y pasa una serie de inmensas gargantas calizas por el lado de la sierra de Gádor, bordeándola durante todo el camino, y descubriendo la estructura geológica en varios puntos. El centro del valle está ocupado por depósitos terciarios y detritus aluvial hasta alcanzar gran grosor, y está atravesado por gargantas más pequeñas; en el lado contrario, donde la caliza brilla por su ausencia, las pizarras salen de acumulaciones terciarias, y forman las vertientes de la Sierra más alta en esa dirección.

Entrando ya en la rambla del río de Almería, pasamos otros pueblos más habitados, y encontramos pruebas de un clima mucho más cálido que el de los valles más altos. Aquí se pueden contar los plataneros y palmeras por cientos en lugar de decenas, las cañas son frondosas, los árboles frutales están repletos de fruta, y todo anuncia la cercanía a esas franjas subtropicales tan características de la costa meridional de España. El suelo es rico, y completamente terciario; las minas, aunque no desaparecen, pierden importancia, pero todavía se encuentran, a grandes intervalos, fundiciones en las colinas. Enfrente, o en el lado oriental de la rambla se levanta la Sierra de Alhamilla, una continuación de la de Gádor, que termina en la costa con pórfidos y serpentininas, donde el níquel, e incluso la plata y el cobre



Vista general de Fondón, el valle del Andarax y, al fondo, Sierra Nevada.

sustituyen al plomo. En la misma Alhamilla aparece el plomo al igual que en la sierra de Gádor, pero ni las minas se han explotado demasiado, ni los resultados han sido muy favorables. Entre las dos Sierras, esta ancha garganta está formada por una singular extensión de arenas del terciario y conglomerados, y algunos mogotes forman una pequeña sierra, casi rivalizando en elevación con la sierra caliza, pero que evidentemente pertenece a un periodo muy moderno.

En esta parte del país, a no más de diez millas de la costa, hay abundantes pruebas de elevaciones locales recientes a una escala considerable, sin duda, manteniendo la horizontalidad de los depósitos, pero a veces con inclinaciones que alcanzan los 15 o 20 grados. Toda la zona lleva mucho tiempo afectada por la acción sísmica, y muchos pueblos y aldeas han sufrido varios terremotos durante este último siglo. No obstante, en los últimos años, el suelo ha estado muy tranquilo, y las personas que han observado esto lo atribuyen a la apertura de las minas. En cualquier caso, lo cierto es que hay pocos lugares en Europa donde la tierra se ha perforado con más perseverancia.

SALIDA DE LAS ALPUJARRAS Y ESTANCIA EN ALMERÍA

Desde la rambla por fin damos con un camino empezado, pero solamente terminado parcialmente, como la mayoría de las cosas en España, y que se construyó con la intención de comunicar Almería con Granada. En su día era recorrido por algún tipo de diligencia, pero ya no, pues el negocio no tuvo éxito. La carretera es tolerable para una distancia corta, y la entrada a Almería es bonita.

¹⁵⁹ N.T. Lo hemos dejado tal y como viene en el texto.



La plaza de San Antón y la Alcazaba a comienzos del s. XX. (Reproducida del libro *La Almería perdida, postales coloreadas, 1900-1936*, de Juan Grima y Narciso Espinar; La Voz de Almería, 2005).

La ciudad se ve por primera vez al llegar a la cima de la última de una serie de colinas terciarias de considerable altura, y presenta una distribución de belleza singular, debido a las abundantes ruinas de un viejo castillo musulmán y sus fortificaciones. Dentro de las murallas, la ciudad es animada y alegre, las calles son bastante buenas, y las casas pequeñas. Al ser la ciudad principal de una provincia, tiene cierta importancia, y hay un volumen de comercio considerable con otros puertos del Mediterráneo; pero el alojamiento en la mejor posada, o más bien pensión, situada en una pequeña alameda es indescriptible de malo. Paredes encaladas desnudas, dos o tres sillas desvencijadas, una mesa aún más destartada de dimensiones mínimas, un lavabo¹⁶⁰ más propio del camarote más pequeño de un barco de emigrantes, y dos camastros formaban el mobiliario. Las paredes, la mesa, el suelo y el lavabo estaban tan sucios, que uno podría fácilmente haber arrancado suficiente cantidad de material para estiércol, y las camas estaban mucho mejor adaptadas para la satisfacción de las pulgas que para el reposo de bípedos. Pero por desgracia así es España con demasiada frecuencia. La naturaleza ha hecho todo lo que está en su mano, y ha proporcionado todo lujo de climas y fertilidad en estas tierras. Sin embargo, sus habitantes son totalmente

indiferentes a todo; dejan estos magníficos regalos a su albedrío; las frutas pueden madurar o pudrirse a discreción, y la limpieza, comodidad o incluso las necesidades básicas de la existencia se desprecian por completo.

En el valle del río Almería termina la comarca de las Alpujarras, y el carácter del paisaje, así como la estructura, parecen cambiar. El conjunto es particularmente interesante, tanto por su condición actual como por sus peculiaridades físicas y geológicas, y su historia. Aquí, en la historia de la naturaleza, se han formado algunas de las mayores modificaciones de caliza y pizarra que pueden encontrarse en Europa; cerca de aquí se elevan algunas de las montañas más altas de Europa; aquí se acumulan algunos de los mayores depósitos de galena¹⁶¹ pura que se conocen en el mundo; aquí se han acometido más obras de minería de superficie y en profundidad que en cualquier otra superficie comparable; aquí han habitado y trabajado la minería los antiguos fenicios y cartagineses, los romanos, y los musulmanes, primero durante su auge, y luego en su decadencia; y más recientemente ha llegado aquí la raza mestiza de los conquistadores castellanos, que se propusieron aniquilar a sus odiados enemigos con las más pérfidas infracciones de todos los acuerdos firmados con ellos, y les empujó como último recurso a buscar refugio y venganza en actos de piratería, que durante largo tiempo atacó la actividad comercial de varios puertos del Mediterráneo. En la comarca se pueden encontrar productos de África, Asia y América tropical, floreciendo al lado de productos de la Europa templada. Aquí encontramos todos los climas, desde los hielos perpetuos a la primavera o el ardiente verano; torrentes de lluvias y lugares donde apenas llueve; arroyos ricos en truchas y otros peces, y lechos secos de ríos donde apenas hay suficiente humedad para los cactus o higueras. Aquí tenemos algunos de los mejores y más espectaculares paisajes de montaña de Europa, algunos de los desiertos más indómitos y salvajes, algunos de los valles escondidos más encantadores con ricos bosques, y algunos de los pueblos y casas más pintorescos rodeados de jardines, de madre selva y otras flores. Aquí hay una franja costera bañada por las azules aguas del Mediterráneo; se puede decir, usando las palabras de un poeta árabe que, por voluntad de la naturaleza, es *“una tierra, donde si andas, las piedras son perlas, el polvo oro, y los jardines el paraíso”*.

¹⁶⁰ N.T. Debe de haber un término más apropiado para la época. No se refiere a la palangana solamente, sino también al mueble. Tampoco es esencial. A fin de cuentas, el término “lavabo” transmite la idea perfectamente.

¹⁶¹ N.T. Literal.



La última hora del camino hasta Almería, que acompaña muy de cerca la rambla ancha del río de Almería, me transmite una situación auténticamente del Oriente. El citado río discurre como un reducido hilillo de agua en un lado de su ancha rambla en cuyas orillas llena frecuentemente balsas de riego cuadradas, desde donde se regaban los campos de cereal, los que casi únicamente estaban en el ámbito del antiguo cauce del río, así que parecía un río verde, máxime cuando más allá se elevaban sierras taladas y de aspecto blanquecino. La vegetación es agradable, especialmente los árboles y de las zonas regables. En ningún sitio había visto higueras, algarrobos y granados más altos y exuberantes. También las datileras estaban bien representadas, normalmente en pequeños grupos pintorescos que formaba ella misma y parecía que no se había producido por plantación artificial, sino en un pintoresco grupaje silvestre. No obstante, el suelo parecía un suelo estepario con un bajo contenido salinoso.

En las huertas de los citados pueblos pequeños se desarrolla la flora meridional de forma pura y sin haberse mezclado con formas septentrionales, sólo las muy agradables casas de auténtico diseño europeo no coinciden con el carácter oriental del paisaje originario. Mucho más lo hacía el cielo que resplandecía en un puro azul oscuro.

En el último tramo el camino salía de la rambla y subía de forma suave y continuada hasta que, desde el altiplano, teníamos delante la superficie en azul oscuro del mar con Almería situada en sus orillas.

LLEGADA Y VISITA DE LA CIUDAD

Desde tierra firme Almería ofrece un panorama afable de marcado carácter meridional, al que contribuyen los vastos campos de chumberas y un extenso castillo moro, el que destaca a mano derecha sobre la

ciudad. Nunca había encontrado antes un cultivo tan extenso de chumbos. Comenzando a una hora de la ciudad hasta donde alcanzaba la vista no había otra cosa que campos de opuncias que ostentaban unas grandes flores amarillas. En medio se alzaban unas macizas higueras cuyos frutos dicen que tienen un dulzor especial aquí. Cuando habíamos cruzado un arrabal de alegre carácter cuyas calles se componían de casas blancas de una planta y azoteas y llegando a la puerta, hubo que tranquilizar la mano abierta del aduanero con la media peseta habitual, antes de que Ramón, quien en todo el camino me había hartado hablando de los dulces higos de Almería, me alojó en la Posada del Capricho.

Mi primera salida fue hacia el puerto. Una muralla de fortificación, que rodea su parte occidental, permite una visión completa del paisaje pintoresco, estando uno mismo en el centro. El mismo puerto se abre al mar y más bien una rada; sólo hacia el oeste está protegida contra el mar por los acantilados que llegan desde tierra adentro. Hacia el Este la orilla está plana y sólo en el horizonte lejano aparece el macizo del Cabo de Gata. La misma ciudad se muestra afable y acomodada, teniendo la mayoría de las casas no más de dos pisos, siendo limpias y en el mejor estado de conservación. Encima de ellas, en una roca caliza, se levantan las todavía bien conservadas ruinas del castillo, cuyas imponentes torres cuadradas me recuerdan vivamente a la Alhambra.

Almería guarda en su interior una serie de preciosas joyas. Son los huertos cercados de las casas, según la costumbre oriental, de los cuales no había tantos y tan atractivos como aquí. Sólo si la puerta de la entrada se había quedado abierta por casualidad, la vista del peatón podía penetrar en estos pequeños santuarios de la diosa Flora. En algunos de estos huertos vi platane-

BÚSQUEDA AFANOSA DE CARACOLES: LAS CÉLEBRES *CHAPAS*

Almería había sido un destino muy deseado por mí. En mi imaginación veo a alguno de mis lectores reírse porque, antes de confesárselo, habrá adivinado que seguramente eran los malditos caracoles que constituían el objeto de mis deseos. Lo adivinó. En las montañas circundantes vive uno de los caracoles más raros y preciosos de Europa, a los que los españoles, devoradores incansables de millones de caracoles, no llaman caracoles, sino chapas, y esto que por este caracol el renombrado *Lamarck* creó la orden *Caracolla*, del único caracol que no le corresponde este nombre.

Era ya demasiado tarde para poder hacer una excursión, así que me consolé con una visita del mercado por la mañana. Ya la misma plaza de abastos despertó en mí grandes expectativas, siendo la más atractiva y equilibrada que había encontrado en España. Su gran cuadrado está rodeado de soportales a cuya sombra una parte de los vendedores ofrecía su mercancía. Especialmente aquí encontré un sistema muy completo en la colocación de los artículos ofrecidos y un primer paseo por el mercado me informó para todas las demás visitas, dónde encontraba esto y aquello. Pronto encontré el sitio, donde estaban sentadas mis estimadas, viejas y arrugadas vendedoras de caracoles, pero ¡Dios santo! No solamente no les quedaban chapas, su nombre científico es *Helix Gualtierana*, ni siquiera tenían ganas de conseguirme algunas porque ¡no tenían buen sabor! No ayudaba nada asegurarles que no las quería comer y pagarles el doble; no se movían para conseguirme las chapas. Los otros caracoles, que encontré allí, no eran nada especial. Disgustado volví a mi posada y me quejaba amargamente al posadero. Apenas una hora más tarde vino un muchacho, un auténtico andaluz con temperamento y grandilocuente y me prometió chapas y todos los caracoles creados y por crear del mundo. Le contraté oficialmente como mi agente de caracoles y aunque conseguía magníficamente sacarme un real detrás del otro, no me arrepiento de haberme servido de sus servicios egoístas, porque me traía lo que era imaginable y pronto la posada era un lugar de encuentro de viejecitas que me traían caracoles.

Existen varias colecciones bastante respetables de caracoles en Alemania que anhelan tener un ejemplar de la preciosa *Helix Gualtierana*. Así tenía doble motivación de encontrar yo mismo este animal vivo e hice un trato con mi agente para que me llevara a un sitio



Ejemplar de la célebre "chapa" (caracol) de Almería, cuyo nombre científico es *Helix Gualtierana* y que tan afanosamente buscaba Rossmässler. (Foto de Ana Úbeda).

donde, como él aseguraba, se encontraba a menudo; encontrando yo una cierta cantidad, le pagaría cuatro pesetas (un taler y 2 peniques imperiales) y nada en el caso de no encontrar nada. Él aceptó el trato y, juntamente con Paco, me llevó a un cañón rocoso árido y de un romanticismo salvaje. En el camino encontramos a tres muchachos con haces de leña en la espalda (esto es lo que los españoles llaman madera). Eran subagentes de mi guía, porque cada uno de ellos le entregaba tres o cuatro chapas los que, sin duda, aquel les había encargado. Pronto me daba cuenta que yo sería el engañado, basándose mi amigo en mi magnanimidad alemana ideó el siguiente plan: si él me llevaba por cuatro pesetas a un sitio con abundantes chapas, cobraría cuatro pesetas y nada más; si me vendiera las chapas, le tendría que dar lo que él me pidiese y, además, pensaría que con no darle nada en caso de no encontrar nada, tampoco era demasiado serio. Había calculado bien, no encontramos nada, no obstante le di una peseta.

Aquí intercalo una noticia científica que será de interés general. El citado caracol pertenece a una subespecie de la variada especie *Helix* que no tiene otro representante en Europa, perteneciendo normalmente a zonas más tropicales.

En este cañón me acordé de algo que en España falta tal vez por completo: líneas telegráficas eléctricas que acompañan a nuestras vías férreas. A lo largo de una senda crecía una serie de pitas equidistantes con troncos enhiestos de unas seis varas sin flores. Desde

1854

Emil Adolf ROSSMÄSSLER



Mujeres trabajando y vendiendo esparto en una plaza. Estampa similar a la que debió presentar el mercadillo de Almería en la Plaza Vieja.

lejos engañaban la vista pensando en postes telegráficos alemanes. A la vuelta pasamos por una calera, manifestándose la escasez de madera en España por un montón de leña que, a una distancia de diez pasos, parecía un pajar con un montón redondo de pequeños arbustos con ramas muy finas, los que tenían que abastecer a la yesera por falta de leña más gorda.

Una mañana Paco volvió de la plaza de abastos con una muestra de nuevos caracoles, porque estaba desarrollando la vista concitológica, cuyo efecto fue que le mandé volver precipitadamente para hacerse con todas las existencias por el precio que fuera. Era una maravillosa variedad rara de *Helix alonensis*. Pero volvió sólo con una pequeña cantidad diciendo que la gente se estaba casi peleando por ellas porque era el más sabroso de los caracoles. Más tarde iba casi de casa en casa para comprar en las cocinas los caparazones vacíos. Cuánto se habrá reído la gente. Pero más me reí yo por haber descubierto el mismo día otro caracol nuevo que, en honor a la antigua *Hispania baetica*, bauticé *Helix baetica*.

1854

Edwin LEE

Un vapor tarda veinticuatro horas en navegar de Cartagena a Málaga. Las oscuras colinas rocosas de la costa, carentes de vegetación, aunque ricas en minerales, ofrecen un aspecto poco interesante. Los vapores normalmente fondean durante el día en Almería, el centro del distrito minero, y salen de nuevo por la noche, llegando a Málaga a la mañana siguiente. Almería, aunque es una ciudad de tamaño considerable, carece de atracciones especiales que distraigan al viajero. El monte alrededor de cuya base se extiende Almería está coronado por un castillo musulmán, gran parte del cual se encuentra en ruinas. A lo largo de la orilla se encuentran diversos hornos de fundición. Hay una plaza de la Constitución de considerable tamaño, pero no hay buenas calles ni una

fonda permanente. No obstante, en caso necesario los forasteros pueden hospedarse con cena y alojamiento en alguna de las “Casas di Pupillos”¹⁶² - una especie de pensión, o casa de huéspedes de segunda categoría, común a todas las ciudades españolas. Almería cuenta con una glorieta y paseo extramuros, y es la residencia de un cónsul inglés. Muchos de los habitantes se han enriquecido gracias a las minas, aunque sólo en escasas ocasiones llega el producto a personas que viven en otros países, las cuales han sido atraídas a invertir en estos negocios. No hay comunicación por diligencia con Granada. Una galera efectúa el trayecto una o dos veces a la semana, tardando tres días. La carretera es mala y carece de interés.

(Notes of Spain: with a special account of Málaga and its climate. Londres, Hope and Co., 1854. Reeditada en 1855 y 1860 con el título *Spain and its climate*. Traducción: Christian Navas (14-VII-04)).

¹⁶² N. T. Transcribo literalmente.